

## INTRODUCCIÓN

La guerra contra Pompeyo representa el acontecimiento crucial en la biografía de César. El instaurador por antonomasia del régimen personal en Roma, que había de ver su *cognomen* usado como denominación común del soberano a lo largo y más allá de la historia imperial, pudo muy bien considerar decisivas para la obra de su vida las campañas del 49 y del 48<sup>1</sup>; en ellas quedaba eliminado el principal personaje —por no decir el único— que con él podía simultanear fundadamente idéntica aspiración monárquica. En comparación con estas campañas, las llevadas a cabo por el procónsul en la Galia y las de Africa e Hispania posteriores a la derrota del Magno, fácilmente se reducen —pese a haber requerido más tiempo— a un prólogo y un epílogo de la guerra que valió a César la conquista de Italia, de Grecia y el Oriente, y de gran parte de la propia Hispania.

Esta consideración obvia, pero desatendida a veces, de puro consabida, puede muy bien constituir la base en que se apoye el examen de las «Memorias de la guerra civil». El

<sup>1</sup> Las fechas históricas sin ulterior indicación entiéndanse como anteriores a Jesucristo y referidas al calendario romano que precedió a la reforma juliana.

## INTRODUCCIÓN

hecho mismo de que César haya escrito esta obra (y, por tanto, como corolario, la cuestión de su autenticidad total o parcial), prescindiendo de los hechos inmediatamente anteriores y desentendiéndose ya de relatar personalmente los posteriores; el fin con ella pretendido, cuestión de la que dependen las referentes a la época en que estos *Commentarii* fueron escritos y publicados; su estimación como fuente histórica, según se considere o no auténtica la información y sincera la imparcialidad formal que exhiben; su valoración literaria dentro de la historiografía latina, a tenor de que haya podido ser más o menos profunda la impronta del genio personal de su autor sobre los materiales que ha sometido a elaboración: todos estos problemas están íntimamente conexos entre sí, y son tales que la posición tomada respecto a uno de ellos determina en buena parte la que se tomará respecto a los demás. Estas posiciones han sido, más de una vez, distintas sencillamente de acuerdo con la nacionalidad de quienes las han mantenido<sup>1</sup> y se hallan ejemplos de esta disparidad en las más variadas cuestiones, desde el enjuiciamiento de la figura del autor hasta la solución de los problemas de crítica que la mala tradición manuscrita plantea en abundancia, pues incluso el origen mismo de algunas de estas dificultades textuales ha podido hacerse remontar al propio autor. Todo ello reconoce, primariamente, un motivo básico: estos *Commentarii* son el relato de cómo Julio César pasó a ser el César<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Cf. RAMBAUD, p. 8.

<sup>2</sup> El fracaso personal que supone el asesinato de los idus de Marzo del 44, y las diferencias formales que el gobierno de Octaviano, el *princeps*, presenta respecto al de su padre adoptivo, el *dictator perpetuus*, importan poco desde hace mucho tiempo: ¡tan claro es que ya Augusto se sintió heredero político de su adoptante! La serie de los doce Césares se inauguraba con el *diuus Iulius* y ello no sólo para Suetonio.

## INTRODUCCIÓN

Esta intimidad entre el autor y dicha parte de su autobiografía —innegablemente mayor aquí que en sus memorias sobre las campañas gálicas<sup>1</sup>— que determina tantas apreciaciones diferentes sobre tan diversos aspectos de ella según sea la idea que de César se tenga, proyecta también su influencia a la recíproca: la apreciación de César como militar, como historiador y, especialmente, como político deriva, sobre todo, del crédito e interpretación que se dé a los acontecimientos relatados en estas Memorias y al modo como han sido narrados. Un motivo extrínseco ha venido a aumentar, en este aspecto, la indicada influencia. Mientras para la conquista de las Galias los relatos del procónsul son la fuente literaria, si no única en absoluto, sí por lo menos única original en que puede beber, hoy por hoy, el historiador moderno, para la guerra civil dispone de información al margen de la del protagonista. Las cartas de Cicerón (y sus correspondientes, entre ellos, el propio César y Pompeyo), correspondientes a este crítico bienio<sup>2</sup>, constituyen un elemento de contraste de importancia excepcional: su contemporaneidad con la campaña las inmuniza de raíz con respecto a las intenciones tendenciosas que el resultado de la guerra puede haber determinado en la historiografía posterior. Ésta, por su parte, no se ha nutrido sólo de la narración cesariana; los relatos de Plutarco en las res-

Ninguno de los predecesores de César, ni siquiera Sila, podría entrar en dicha concepción.

<sup>1</sup> Tradicionalmente se vienen señalando en la presente obra «pasajes que en vano se buscarían en el *Bellum Gallicum*», donde César parece salir de entre los bastidores en que intencionadamente se ha colocado, como autor, en unos y otros comentarios: la arenga de I, 7; el discurso ante el senado de id. 33; sobre todo el comienzo ex abrupto de id. 11.

<sup>2</sup> Tomo IV de la ed. de TYRRELL y PURSER (Londres 1885).

## INTRODUCCIÓN

pectivas biografías de Pompeyo y César, de Suetonio en la de éste, de Apiano en la segunda parte de sus «Guerras civiles», de Dión Casio («Hist. Romana» libros 41 a 43), Velejo Patérculo, Floro y Orosio, la versión poética de los hechos en la Farsalia de Lucano, revelan abundantemente el uso de información aparte, probablemente de Asinio Polión y Tito Livio, cuyo contraste con la de César es conocido. En el caso de Polión, por declaración propia<sup>1</sup>; en el de Livio, por la amistosa reprensión de «pompeyano» con que le caracterizaba Augusto. De la confrontación entre estas fuentes y la obra de César, a la vez que del estudio pormenorizado de la misma, ha surgido la multitud de cuestiones que la crítica histórica está lejos de tener resueltas, y que se plantean ya con respecto a la génesis misma de la contienda civil.

LA CUESTIÓN DE DERECHO.<sup>2</sup> — César había recibido durante su consulado del 59, en virtud de un plebiscito propuesto por el tribuno de la plebe P. Vatinius (*lex Uatinia*), el mando proconsular por cinco años en la Galia Cisalpina y el Ilírico, porción que fue aumentada con la agregación de la Galia Narbonense por parte del senado. En el 55, y también mediante un plebiscito propuesto por un tribuno de la plebe (*lex Trebonia*), los cónsules Pompeyo y Craso se habían hecho conceder el mando proconsular asimismo por cinco años sobre

<sup>1</sup> Según el célebre testimonio mencionado por Suetonio en su biografía de César (56): *Pollio Asinius parum diligenter parumque integra ueritate compositos [commentarios] putat, cum Caesar pleraque et quae per alios erant gesta temere crediderit et quae per se uel consulto uel etiam memoria lapsus perperam ediderit; existimatque rescriptum et correctum fuisse.*

<sup>2</sup> Cf., últimamente, BARWICK, pp. 8-15; resumen de la cuestión y bibliografía hasta 1949 en CARCOPINO, p. 841, nota 284 y *Addenda*, p. III.

## INTRODUCCIÓN

ambas Hispanias y Siria, respectivamente. Plenamente en vigor a la sazón el convenio entre ellos y César conocido como «primer triunvirato», ambos cónsules se apresuraron a que un nuevo plebiscito que lleva sus nombres (*lex Pompeia Licinia*) prorrogara por otros cinco años el mando del procónsul de las Galias. César quedaba, pues, investido de *imperium* hasta el 49 completo. Como para el año siguiente pensaba en un nuevo consulado, cuyos comicios debían celebrarse a partir del 1 de Julio de dicho año 49, y la legislación existente prohibía tomar en cuenta las candidaturas de quienes no se hallasen a la sazón en Roma, César, en previsión, y durante el excepcional consulado *sine collega* de Pompeyo en el 52, logró que un nuevo plebiscito, presentado por los diez tribunos en conjunto, le dispensara expresamente de su obligación de estar presente en la capital para poder pretender el consulado.

Así, al parecer, la visión de las cosas por parte de César. Visión simplista, si se quiere, pero que los datos procedentes de su propia obra no autorizan a suponer de otra manera. En III, 1 dice taxativamente que era el 48 el primer año en que legalmente podía desempeñar un nuevo consulado (cf. también I, 32: *expectato legitimo tempore consulatus*); en I, 9 considera explícitamente como una estafa de seis meses de mando (de Julio a Diciembre<sup>1</sup> del 49) el obligarle a defender personalmente su candidatura, cosa en pugna con el privilegio

<sup>1</sup> No de Enero a Junio de dicho año, como parece dispuesto a admitir FABRE (p. VIII), pues César relaciona esta abrogación de mando con el hecho de negársele viabilidad a su candidatura en ausencia y no con una exigencia de resignarlo al final del 50, término ni siquiera aludido en su obra; aparte de que no parece tan seguro como lo da el mismo autor el hecho de que, en su suposición, una vez César cónsul designado, estaría a cubierto de los procesos: téngase en cuenta, p. ej., el caso de Murena.

## INTRODUCCIÓN

(cuyo carácter no niega: *beneficium*) que excepcionalmente se le había concedido de poder hacerlo en ausencia. Por tanto, los intentos de justificar de otra manera la resistencia de César a resignar el mando antes de las elecciones del 49, a saber, entendiendo que el plebiscito del 52, en cuanto le otorgaba el derecho a estar ausente durante la candidatura, le confería implícitamente el derecho a dicha ausencia y, por tanto, le prorrogaba un mando que sin tal plebiscito habría ya terminado, chocan con la exposición cesariana de estos puntos<sup>1</sup>, y vienen sin duda inspirados por la tentativa de lograr

<sup>1</sup> Confróntese, por ejemplo, la formulación del plebiscito dada por César en el indicado cap. 9 *cuius absentis rationem haberi populus iussisset* (cf. también I, 32: *ut sui ratio absentis haberetur*), sin mención alguna de que su mando proconsular hubiese o no expirado, ni que mediante aquella nueva medida se prorrogara (¡y César podía tranquilamente haber basado sus exigencias en una tal prórroga!), con la de Suetonio (Diu. Iul. 26) *ut absentis sibi quandoque imperii tempus expleri coepisset, petitio secundi consulatus daretur*. El biógrafo ha querido con la expresión señalada desenredar algo, enredándolo todavía más. Aquí se ha cruzado ya, extemporáneamente, la idea de que el proconsulado de César estaba terminado o iba a terminar dado que se le concedía la candidatura en ausencia.

Pero una de dos: o estaba previsto que el mando de César durase hasta el final del 49, o no. En el primer caso, nada tenía que ver con el plebiscito si estaba o no próximo a expirar. En el segundo, se plantea un nuevo dilema: o se trataba de una concesión de buena fe, en cuyo caso nada impedía añadir explícitamente que se le prorrogaba el *imperium*; todavía más, esto resultaba tal vez más básico y debía figurar antes que la concesión de la *petitio absentis*; o se trataba de una maniobra política del procónsul, con la que, al pedir la autorización de la candidatura en ausencia, lograr subrepticamente que se entendiera prorrogado el mando. Ahora bien, la inutilidad de tal maniobra salta a la vista, dado que los mismos que le autorizaban la *petitio absentis* podían autorizarle también la prórroga. ¿Para qué, pues, disfrazar, dando pie a que luego pudiesen los adversarios alegar que

## INTRODUCCIÓN

una síntesis ecléctica entre su visión de las cosas y la senatorial<sup>1</sup>.

Efectivamente, el cómputo del plazo de cinco años y su prórroga por otros cinco a la manera expuesta, tan favorable a las pretensiones de César, pues la suma de ambos plazos cubría exactamente el intervalo obligatorio de diez años entre un consulado desempeñado y uno nuevo, no está libre de objeciones. Cabían, en efecto, y con variados fundamentos<sup>2</sup>, di-

aquella autorización no incluía la prórroga del mando? O ¿se supondrá en tales adversarios la tranquila inadvertencia que les atribuye, p. e., RAMORINO (p. XVII), cuando era flagrante, si ellos pensaban que el mando expiraba antes de los comicios consulares, que no había lugar a que César no pudiera estar en Roma a la hora de su presentación como candidato? Y no cabe ni siquiera como subterfugio, explicar que podía César haber aparentado que se presentaría a los comicios no en el 49, sino en el 50, calculando no diez años cumplidos *entre* un consulado y otro, sino diez años de distancia *de* un consulado a otro (59 a 49). Pues, en tal caso, o no se podría hablar de que el plebiscito autorizara la prórroga hasta las elecciones del 49, o se tendría que admitir que prorrogaba indefinidamente hasta que César se decidiera a presentarse. Lo cual es absurdo.

<sup>1</sup> No es de extrañar pues, dentro de esta concepción de los hechos, que uno de los primeros defensores de esta solución ecléctica fuese Cicerón, cuyas tendencias conciliadoras en aquella ocasión son bien sabidas: ad Att. VII, 6: *quum id datum est [absentis rationem haberi] illud una datum est [exercitum retinere]*.

<sup>2</sup> Pueden verse detallados en RAMORINO, p. XVI, nota 1. El cómputo que deduce de Cic. de prov. cons. XV es admisible; en cambio, me parece abusivo inferir lo mismo de la afirmación de Hircio en bell. Gall. VIII, 9, que el verano del 50 era el último que César debía pasar en la Galia por él conquistada, según creían sus habitantes, pues nada obliga a suponer que César quisiera pasar en dicha Galia con sus fuerzas el verano de las elecciones consulares, privándose de los votos que podía obtener si concedía a buena parte de ellas permisos comiciales o, en otro caso, de la influencia que, acercándolas a los límites de la pro-

## INTRODUCCIÓN

versas interpretaciones restrictivas: bien porque se contaran los plazos a partir de la fecha en que eran concedidos —con lo que el primero ya no habría alcanzado a todo el 54, sino sólo hasta el 1 de Marzo de dicho año, habiendo sido concedido por la ley *Vatinia*, de idéntica fecha en el 59; y el segundo, promulgado, a lo que parece, en Noviembre del 55, no alcanzaría sino hasta Noviembre del 50—, bien porque se contara este segundo a partir del año siguiente al del consulado de Pompeyo y Craso (55), dado que éstos lo habían propuesto paralelamente a la obtención de la prórroga de sus poderes para inmediatamente después de su consulado —con lo que no alcanzaba la prórroga para César sino hasta fines del 50—, bien porque, siendo el 1 de Marzo la fecha habitual de entrada en funciones en los gobiernos provinciales, se interpretara que, de los cinco años concedidos por la *lex Vatinia*, el primero se había ya consumido al llegar el 1 de Marzo del 58 —con lo que también era el 1 de Marzo del 49 el término del mando proconsular de César—. Naturalmente, a sus adversarios les bastaba uno cualquiera de estos argumentos<sup>1</sup> para tener base suficiente en que apoyar sus exigencias de que re-

vincia, podían ejercer, neutralizando, por lo menos, la presencia en Italia de legiones a las órdenes de Pompeyo. Es lo que parece desprenderse del propio Hircio cuando diez caps. después, habla del cuidado puesto por César en no suscitar allí nuevas luchas durante el 50, que pudiesen estorbar su intención de sacar de allí el ejército (*cum exercitum deducturus esset*).

<sup>1</sup> Es en efecto, descartable (véase BARWICK p. 10) el que podría sacarse de que el segundo plazo no había sido previsto para cinco años, sino sólo para tres, según se halla en DIO CASSIUS (XXXIX, 33). Más bien parece la noticia de este historiador un cálculo *a posteriori*, tal vez con el intento de explicar de una manera positiva e irrecusable la postura senatorial frente a César. En cambio, este cómputo sirve muy bien como argumento contra quienes dan por sentado que era evidente en la Antigüedad que la *lex Vatinia* había conferido el mando a César sólo



## INTRODUCCIÓN

signara el mando en alguna fecha anterior a los comicios consulares de 1 de Julio del 49.

Tal me parece, pues, el conflicto jurídico entre César y el bando aristocrático: una interpretación en que cada vecino echaba el agua a su molino, en tanto que una tercera posición, más o menos neutral, había logrado excogitar, mediante un procedimiento de estilo legalista, una fórmula conciliatoria, la de Cicerón, que, dejando a salvo el cómputo senatorial de los dos plazos de cinco años, suponía implícita en la concesión de la *petitio absentis* una nueva prórroga hasta fines del 49, con lo que salvaba también la conjunción entre el mando proconsular de César y su previsible investidura de cónsul para el 48, sucesión ininterrumpida que era a lo que éste aspiraba en realidad<sup>1</sup>.

hasta el 55 (así, p. e., CARCOPINO p. 841 en contradicción consigo mismo, p. 727). Pues los tres años de la prórroga supuesta por Dión son 53, 52 y 51. Luego ¡no el 54! Con lo cual, éste debía forzosamente, en la mente de Dión, estar comprendido en la ley Vatinia.

<sup>1</sup> En el fondo, pues, se trataba de salvar, una vez más, una de tantas pugnas como presenta la historia de la república romana, originadas por la duplicidad constitucional de sus poderes legislativos, que radicaban por una parte, en el senado, por otra, en los comicios populares. Los tres eslabones fundamentales de que pendía el mando de César (leyes Vatinia y Pompeia-Licinia, plebiscito del 52) se habían fraguado mediante voto directo del pueblo, de espaldas al senado, lo que podía ser bastante para despertar en éste el recelo y la aversión, aliando a sus miembros más conservadores en torno a las interpretaciones que, si no permitían abolir del todo aquel mando, ofrecían por lo menos el modo de acortarlo. Para éstos, de ningún modo la concesión de la *petitio absentis* podía suponer implícita una nueva prórroga. Por ello, al tratar de invalidarla (el mismo año 52), se contentaron con la parte de la *lex Pompeia de iure magistratuum* que insistía en la obligación de la presencia en Roma para los candidatos, sin mención alguna de abrogación de mando militar, de seguro innecesaria para ellos puesto que no lo consideraban prorrogado

## INTRODUCCIÓN

LA CUESTIÓN DE HECHO. — En efecto, de resultados del enfriamiento de sus relaciones con Pompeyo —en el que tradicionalmente se señala la influencia de las sucesivas defunciones de Julia, que les unía en afinidad, y de Craso, que había jugado de tercera fuerza equilibradora de las aspiraciones de uno y otro—, y de la progresiva reconciliación de éste con el bando senatorial, César se encontraba prácticamente solo para conjurar el sesgo peligroso que para él habían tomado los acontecimientos. No del todo solo, es verdad; tenía consigo unas legiones aguerridas y con la adhesión habitual en las tropas al día siguiente de una victoria importante. Eran un elemento del que procuraría desprenderse lo más tarde posible; su influencia en los comicios podía ser decisiva (recuérdese lo apuntado al final de la nota 2 de la p. XV).

Mas no era solamente ésta la ventaja que César obtenía reteniendo el mando proconsular hasta empalmarlo con un nuevo consulado, como no era el fracaso electoral el riesgo único a que se hallaba expuesto, ni el mayor. Pompeyo había recrudecido las amenazas contra la compra de votos, con efec-

por el plebiscito que esta ley venía a invalidar. Admitir lo contrario sería reconocer, con BARWICK, p. 11, que se había llegado a la curiosa paradoja de que, si César renunciaba a presentarse candidato para Julio del 49, su mando, en virtud de la prórroga implícita del plebiscito no abrogada ahora explícitamente, habría durado hasta fines de dicho año. Que esto no lo creían así lo comprueba el hecho de que ya desde el 51 trataron (propuesta del cónsul Marco Claudio Marcelo) de nombrar un sucesor a César para su provincia; y que Pompeyo, previamente, había hecho aprobar por el senado una prohibición de que este asunto se tratara antes del 1 de Marzo del 50; naturalmente, el nuevo procónsul habría entrado en funciones el 1 de Marzo del 49, uno de los términos que se suponían al mando de César, según ya se ha expuesto.

En este supuesto, se esclarece la cuestión planteada acerca del artículo adicional que el cónsul del 52 añadió, ante la protesta de los cesarianos,

tos retroactivos; no parece que César estuviera a cubierto de toda posible acusación en esta materia; consta explícitamente que Catón se la había pronosticado varias veces (SVET. diu. Iul. 30, 3). Le convenía, por tanto, evitar a toda costa que pudiera formularla antes de su nuevo consulado; y, para ello, no dejar resquicio ninguno entre su poder proconsular y el consular a que se disponía, los cuales le ponían a cubierto de todo proceso. Por ello, en sucesivas concesiones fue llegando hasta ofrecer el licenciamiento de todas sus legiones excepto dos y dejar las provincias exceptuada la Cisalpina; incluso, luego, quedarse con una sola legión y el Ilírico.

Pero el bando aristocrático no se dejó convencer. La tensión había llegado ya al grado en que las concesiones se interpretan como debilidades, las resistencias como provocaciones. Dueño de la legalidad, pues contaba con uno de los dos cónsules del 50 y los designados para el 49, no quiso exponerse a que un consulado de César en el 48 anulara la serie de ventajas (pequeñas, si bien se mira) que desde el 52 — año del consulado extraordinario de Pompeyo — había ido obteniendo; y resolvió fiar a éste el modo de impedir el triun-

a su *lex de iure magistratuum*, por el que se exceptuaba expresamente a César del alcance del cuerpo de la ley. El partido senatorial no lo protestó, porque no le causaba incomodo alguno — más bien servía para «calmar» a los cesarianos — una vez se hallaba reconocido legalmente que el término dentro del que no se podía tratar de nombrar sucesor a César expiraba en Marzo del 50. Si en el mismo mes del año siguiente, César quedaba sin *imperium*, ya lo mismo daba que pudiese pretender el consulado en Roma que fuera de ella. Véase, efectivamente, cómo los prohombres del partido senatorial, en el relato de César (caps. 1-3 del lib. I) insisten sólo en la resignación del mando, sin mención alguna de la candidatura. En los meses que mediaban entre una y otra, podían deshacerse de César entablándole un proceso: éste bastaba incluso para impedir que dicha candidatura prosperase.

## INTRODUCCIÓN

fo de César. El senado mismo estaba ya resultando un instrumento inservible; la máquina parlamentaria se hallaba de tal modo averiada, que en la célebre sesión del 1 de Diciembre del 50, ante la noticia de que César se encontraba en la Cisalpina, después de votar por unanimidad el nombramiento de quienes le sucedieran el próximo año en el mando de sus provincias y aprobar por mayoría la continuación de Pompeyo en el mando, se enmendaba admitiendo (¡por 370 votos contra sólo 22!) la propuesta, hecha a renglón seguido por el tribuno de la plebe Curión, por la que se acordaba la abrogación de los poderes proconsulares de ambos, y al día siguiente anulaba este voto a petición del cónsul Marcelo, el cual, acompañado de su colega, corría a entregar a Pompeyo una espada con el encargo de defender la patria contra César, poniéndole al frente de las tropas que había en Italia y de las que se movilizarían. Se trataba, a la sazón, de dos legiones que, so pretexto de la guerra contra los partos, había pedido el senado a César y a Pompeyo, pero que había retenido en territorio itálico (véase más adelante, I, 2 y 4). ¡También al bando aristocrático le seducía la idea de que los comicios consulares del 49 se realizaran «constitucionalmente», con la ayuda, decisiva entonces como hoy, de la proximidad de un ejército de ocupación!

César lo sabía bien. Y —hombre de acción— a la vez que procuraba una transacción con los cónsules a base de las proposiciones antes aludidas, movilizaba dos de las legiones (8.<sup>a</sup> y 12.<sup>a</sup>) que había dejado invernando en la Galia por él conquistada, con la orden de aproximarse hacia donde él se hallaba ya con la 13.<sup>a</sup>. Rechazadas aquellas propuestas por el senado (a Pompeyo no podía gustarle poco ni mucho la exigencia cesariana de que partiera por fin a incorporarse a su gobierno de las Hispanias, que hasta entonces había confiado al mando

## INTRODUCCIÓN

de sus lugartenientes), César ya no insistió con los magistrados del 50 y aguardó unos días hasta dar el golpe teatral de su carta-ultimátum presentada por Curión a los nuevos cónsules ante una solemne coyuntura: la sesión del senado del 1 de Enero en que iban a inaugurar sus cargos. En ella, y en un alarde de imparcialidad impresionante, se declaraba dispuesto a resignar ipso facto su mando, si otro tanto hacía Pompeyo y se procedía en Italia a un desarme general<sup>1</sup>. Era declararse dispuesto, pues, a lograr a toda costa, aun a trueque de renunciar al mando y solicitar en Roma el consulado, que los comicios pudieran celebrarse sin la contigüidad de un ejército en el corazón mismo de Italia.

<sup>1</sup> B. ciu. I, 9: *cum litteras ad senatum miserit ut omnes ab exercitiis discederent, ne id quidem impetrauisset*; e ibid. 32: *patientiam proponit suam, cum de exercitiis dimittendis ultro postulauisset*. No parece, pues, acertado suponer con BARWICK, p. 17, que César haya intentado disimular el contenido de la carta —cf. reseña de BARWICK por F. LOSSMANN en Gnomon 28 ('56) 357—. César califica estas propuestas de *lenissimis* (b. ciu. I, 5); para Cicerón, en cambio (cf. fam. 16, 13), eran *minaces et acerbis*; su juicio, a la sazón, no es el de un pompeyano más, pues se hallaba más bien en una posición de neutralidad. Pero a ojos de un romano constitucionalista, la rebeldía de César —cosa que en la actualidad no se ha hecho notar bastante, oscurecida como queda aquella actitud expectante por la operante del paso del Rubicón— empieza justamente en esta propuesta, por la que César equipara su derecho a retener las tropas con el de los cónsules y el senado a disponer la movilización en Italia y el estacionamiento de las dos legiones entregadas por César (una suya y otra cedida por Pompeyo). No es de extrañar, pues, la violenta reacción que despertaron en el senado; no era lo mismo, legalmente, tratar, como antes, que dos procónsules resignaran paralelamente unos mandos cuya prolongación suscitaba recelos en diversas partes, que considerar antagónicas tropas puestas al servicio del poder central. La situación desembocó en lo que suelen desembocar todas las análogas: este poder acaba efectivamente en manos de los antagonistas.

## INTRODUCCIÓN

Con la presentación de dicha carta comienzan<sup>1</sup> las «Memorias de la guerra civil». Con la inadmisión de sus condiciones, la guerra civil misma.

LAS CAMPAÑAS DEL 49-48. — La materia de la obra la constituye la primera fase de dicha guerra, hasta el comienzo del conflicto con la dinastía egipcia. Prescindiendo de algunos detalles anecdóticos, de los que tan ávidos se mostrarán sus biógrafos e historiadores en general<sup>2</sup>, puede decirse que César expone el desarrollo completo de la misma.

Los acontecimientos en Roma subsiguientes a su ultimátum, especialmente la huída de Antonio y Casio, tribunos de la plebe a cuyo veto ponía cortapisas el senado, y la declaración por éste del estado de guerra, pretenden ser un prólogo justificativo de su resolución de tomar la ofensiva. Con ella cogió innegablemente desprevenidos a los senatoriales; las desorganizadas fuerzas que lograron oponer a sus aguerridas legiones no pudieron impedir que el avance de éstas a lo largo del litoral adriático hasta Brindis revistiese en buena parte las características de un paseo militar. El mayor obstáculo con que se encontró, la resistencia de su acérrimo enemigo, Domicio Ahenobarbo, en Corfinio, lo superó sin apenas disparar un dardo. Sin embargo, los días que allí hubo de detenerse para cercar la plaza fueron preciosos para que Pompeyo pudiera poner en práctica su plan estratégico de gran envergadura: llevándose consigo la «legalidad republicana» y las fuerzas disponibles, poner por en medio

<sup>1</sup> Las ediciones modernas están bastante de acuerdo en admitir este comienzo *ex abrupto*, cf. aparato crítico *ad locum*.

<sup>2</sup> P. ej., el paso del Rubicón; el intento de regresar prácticamente sólo a Brindis desde la costa oriental del Adriático, dominado por la flota enemiga, etc.

las aguas del Adriático y, en la península helénica, organizar, gracias a su valimiento en Oriente, el gran ejército que la *celeritas* cesariana le había impedido poner en pie de guerra en Italia. Éste fue el primer revés de César: el 18 de Marzo, Pompeyo sacaba de Brindis, prácticamente íntegras, las fuerzas que allí había tenido, mientras quedaban sin terminar las atrevidas obras de bloqueo que César había emprendido para cerrarle la salida del puerto.

Quedaba César dueño de Italia, pero con la península cogida, excepto por el N., entre mares donde señoreaba la flota de Pompeyo, en cuyo poder se hallaban las tres orillas opuestas: Hispanias, el África, Grecia. Rápidamente logró César hacerse con las islas adyacentes; especialmente su ocupación de Sicilia, abandonada por Catón, ofrecía a su lugarteniente Curión un buen trampolín para saltar al África, mal guarnecida también por los pompeyanos. Mientras, él, después de una acogida fría en Roma —donde, sin embargo, consiguió de modo formalmente legal (mediante los tribunos de la plebe y reduciendo al silencio, con amenazas, a L. Metelo, que se oponía) tener a su disposición el tesoro público, lo que ponía a cubierto por bastante tiempo las necesidades económicas de su empresa guerrera— se dirigía a Hispania, según frase conservada por Suetonio, «contra el ejército sin jefe, para ir después contra el jefe sin ejército»<sup>1</sup>.

Su campaña en nuestras tierras — pese al retraso que le ocasionó la resistencia de los helenos de Marsella, que debió dejar sitiada distraendo así un considerable número de sus fuerzas<sup>2</sup>, y a las dificultades originadas a su intendencia por

<sup>1</sup> Diu. Iul., 34.

<sup>2</sup> Tres legiones de las seis con que de seguro (cf. RAMBAUD, p. 109) trató él de reducir aquella resistencia en el mes completo que pasó ante

## INTRODUCCIÓN

las inundaciones del Segre — constituyó uno de sus más grandes éxitos como estrategia. Sin apenas entablar un combate en regla, sólo a base de movimientos tácticos cuya concepción genial y ejecución rápida han ganado la admiración de los historiadores militares y entusiasmaban a Napoleón, consiguió deshacerse de las legiones más fieles con que a la sazón podía contar Pompeyo, que, procedentes de sus antiguas luchas en nuestro suelo contra Sertorio, mandaban en la Citerior sus lugartenientes Petreyo y Afranio; y con sólo su sagacidad política, desarticular el sistema defensivo que el vacilante Varrón había, por fin, montado en la Ulterior.

En cambio, simultáneamente sufría un serio revés con la derrota y captura de las dos legiones a las que, al mando de Curión, había encomendado un «segundo frente» en el África. La intervención del rey de Numidia, amigo de Pompeyo y ansioso de vengar sus resentimientos personales con César y su fogoso lugarteniente<sup>1</sup>, fue decisiva para el desastre. Cuán al vivo lo sintió César puede percibirse todavía hoy: dentro del estilo voluntariamente «impasible» de los «Commentarii», la narración de esta campaña trasluce en más de un pasaje una innegable emoción.

Con todo, el balance del primer año de lucha era claramente favorable a César. Incluso, antes de que el invierno paralizase las operaciones, había visto, por fin, entregársele Marsella, después de un apretado cerco, y de dos victorias

sus murallas, si bien en el b. ciu. no se hable sino de tres en cada uno de los pasajes en que se las cita.

<sup>1</sup> Resumen en CARCOPINO, p. 931: César había ultrajado públicamente a Juba con ocasión de un viaje de éste a Roma el 64; y había frustrado la venganza que el númida quería tomarse del príncipe Masinta. Curión, durante su tribunado, había presentado una proposición a favor de que su reino fuese anexionado a los dominios romanos.



## INTRODUCCIÓN

navales de su flota a las órdenes de Bruto. En la situación política, por otra parte, se había encontrado en Roma una fórmula para legalizar los poderes cesarianos: a fines de Septiembre, el pretor Lépido, tras un plebiscito, le había nombrado dictador; así, en Noviembre, y bajo su presidencia, pudieron celebrarse los comicios que le eligieron cónsul para el 48.

Este año había de ser el de su gran victoria, bien que no fuese todavía la victoria final. Pero, aun aquélla, no llegó sino después de alternativas y más de un trance apurado. La rapidez cesariana, una vez más, sorprendió a los confiados ejércitos senatoriales con la travesía del Adriático en pleno invierno y consiguiente ocupación de las plazas ilíricas a excepción de Durazzo; pero su intento de bloquear el terreno que Pompeyo, llegado a toda prisa para defender esta ciudad, había ocupado en sus alrededores —más precisamente, al S.E. de ella— falló en su misma magnitud; Pompeyo, después de haberse rodeado también él de un cinturón defensivo, rompió el mucho más extenso (5.500 hectáreas) con que había querido rodearle César, sin graves pérdidas<sup>1</sup>.

Previamente a estas operaciones, otro golpe audaz había situado, por fin, en la costa ilírica al resto de las tropas cesarianas; la llegada de Pompeyo no pudo impedir que, con hábil maniobra, tomaran contacto con el grueso de las mismas, de modo que César se halló pronto en condiciones de ofrecer una batalla campal. Pompeyo la rehuyó cuanto pudo, de acuerdo con su táctica anterior, que no cabe tachar de inercia, si se advierte que a un general en jefe no podía, de seguro, pasarle desapercibida la ventaja que sobre sus legiones, com-

<sup>1</sup> Sigue válida la concienzuda descripción de estos frentes hecha por Stoffel sobre el terreno (cf. STOFFEL I, 171 ss.).

## INTRODUCCIÓN

puestas de los restos de anteriores descabros (Corfinio, Hispania) o de novatos y aliados poco acostumbrados al combate al modo romano<sup>1</sup>, tenía la cohesión del ejército cesariano, cuyo grueso formaban todavía veteranos de una larga serie de victorias. Pero la rápida progresión de César en su persecución de Pompeyo hacia Tesalia, gracias, sobre todo, a la acogida favorable que las ciudades comprendidas en su ruta habían dispensado al «cónsul del pueblo romano», escarmentadas por el terrible saqueo con que éste había castigado la resistencia de la fronteriza Gomfos, había cambiado la situación, hasta el punto de hacer peligrosa aquella actitud expectante<sup>2</sup>. De esto bien pudo darse cuenta el Magno. Por ello no parece del todo seguro pensar, como tradicionalmente se había venido haciendo, que el ofrecimiento de batalla a campo abierto por parte de Pompeyo en la llanura de Farsalia se debía solamente a la presión ejercida sobre él por sus consejeros, mientras él habría preferido aguardar todavía. Según esto, pues, y aparte del resultado final de la batalla, sólo el entablarse ésta ya representaba una victoria táctica de César, en cuanto había hecho fracasar el proyecto del adversario, y le había obligado a batirse según él había intentado desde hacía tiempo: a campo abierto.

Más difícil es ya aceptar que Pompeyo tuviese la confianza en la victoria que César le atribuye haber expuesto ante su estado mayor en vísperas de la batalla. Es cierto que su superioridad numérica era considerable (110 cohortes contra 80

<sup>1</sup> El propio Pompeyo se había dedicado a la instrucción y entrenamiento de estas tropas en el año precedente. Pero con esto, aparte de ser un indicio de cuánta falta creía que les hacían una y otro, no pudo, naturalmente, inculcarles también la experiencia práctica que de aquella táctica tenían las tropas enemigas.

<sup>2</sup> Cf. CARCOPINO, pp. 903-904.

de César), que el terreno lo había escogido él y que, teniendo la iniciativa en sus manos, había podido disponer el orden de combate del modo que le era más favorable, a saber, confiando el peso de la ofensiva a su caballería, en tanto que la infantería se mantendría sobre todo como apoyo de la misma. Pero también es cierto que, al fracasarle el movimiento envolvente de aquélla gracias a que César lo previó y tomó la precaución de situar en su flanco derecho unas cohortes que pudiesen repeler de frente a la caballería pompeyana, no supo o no pudo reaccionar, no ya para una retirada prudente, sino ni siquiera para hacerse fuerte en el campamento y defenderse allí.

Pensó salvarse sólo en la huída. Pero Egipto, el refugio elegido después de vacilaciones, iba a serle fatal. El consejo del niño rey Ptolomeo IV, no consideré prudente darle acogida; antes, queriendo congraciarse con el cónsul victorioso, acordó enviarle la cabeza del fugitivo. Sacrificio inútil. Así como la vida de Pompeyo no pudo librar a Roma de César, así tampoco su muerte libró a Egipto. César fue, en rigor, quien benefició de aquélla; también él iba a ser el beneficiario del asesinato. Mientras al ejército que, con un tesón admirable, lograban reunir los pompeyanos en África, aprovechando hasta el máximo las posibilidades derivadas del desastre de Curión, le faltaría definitivamente el jefe que, como él, podía unir a su valía personal el prestigio de un nombre, la dinastía egipcia, dividida por disensiones palaciegas, había de acabar a merced de César. Una vez más, Roma no pagaba a los traidores. Renunciando a continuar por sí mismo el relato de las campañas de Alejandría, África e Hispania, la obra historiográfica de César acaba, en los comienzos de aquélla, con una última referencia a Pompeyo. César, beneficiario de su vida y de su muerte, resultaría también su vengador.

## INTRODUCCIÓN

Con la solemnidad de la sencillez, sin comentario alguno, da cuenta de haber hecho ejecutar a Potino. Éste, ayo del rey, había sido, según la versión del propio César, el responsable de la traición<sup>1</sup>.

Sólo dos acciones importantes, pues, se hallan ausentes del relato de César: la rendición de sus tropas en el Ilírico, a manos de Octavio y Libón, lugartenientes de Pompeyo, y la sublevación de sus legiones en Plasencia. Sin embargo, no parece haber querido silenciar la primera, pues la alude en tres pasajes del libro III (caps. 4: *Antonianos milites* entre las tropas de Pompeyo —esto es, los soldados que se habían rendido, y que habían estado a las órdenes de Antonio—; 10, *Antoni militumque deditione ad Curictam*; y 67. En este último, especialmente, indica de modo expreso que había narrado el episodio: ...*Tito Puleione, cuius opera proditum exercitum C. Antoni demonstrauimus*...). Parece aceptable, pues, que sea imputable la falta a una laguna de la tradición manuscrita, quizá al final del cap. 8 o entre los 22 y 23 del indicado libro III. En cambio, ni una frase, ni una alusión siquiera a la sublevación de las fuerzas que, después de haber acompañado a las legiones de Afranio vencidas, recibieron en Plasencia orden de dirigirse a Brindis. No se les ocultó que aquello representaba el embarque para Oriente, la continuación casi

<sup>1</sup> Así según la interpretación de BARWICK, p. 87, que remite a III, 108: *erat in procuratione regni propter aetatem pueri nutricius eius*... Es decir que, si bien el más destacado instigador de la decisión parece haber sido Teodoto, maestro de retórica del rey, y haberla ejecutado Aquila, su estratega, con todo, la mayor autoridad de Potino le hace también responsable principal de la misma. Contra, ADCOCK, p. 49, que tacha aquella interpretación de hipersutil, dado que los dos autores del atentado, Aquila y Septimio, quedaban con vida. Pero los nuevos argumentos de Barwick parecen satisfactorios.

ininterrumpida de la campaña, después que habían terminado con la de Hispania citerior. César tenía sus buenos motivos <sup>1</sup> para temer la mala impresión que este relato habría producido en medio de la tónica con que a lo largo de toda su obra había encomiado la adhesión, más aún, el entusiasmo de sus soldados. Optó por la omisión.

Pero esta omisión le ha sido acerbamente reprimada. En ella se ha encontrado, efectivamente, un motivo de grave peso para enjuiciar el valor histórico de la autobiografía de César, su presunta tendenciosidad, su respeto a los hechos <sup>2</sup>; en el fondo, el problema de mayor importancia de entre los que en crecido número están planteados en torno a la obra.

CUESTIONES EN TORNO A LOS COMMENTARII. — Del título de la obra puede decirse lo mismo que de su anterior sobre las campañas en la Galia. Después de los estudios de F. W. Kelsey <sup>3</sup>, parece establecido que el título de una y otra era *Commentarii rerum gestarum*. En ambas familias de manuscritos que nos la han transmitido aparece <sup>4</sup>, a modo de subtítulo, la mención *De civili bello* o equivalente; con todo, también en ambas hay suficientes representantes (predominan, incluso) de una numeración que comprendía ambas obras, esto es, que, al numerar el primer libro de la Guerra civil, lo presentan como libro nono, es decir, el siguiente al octavo de las campañas gálicas, escrito por Hircio.

<sup>1</sup> Detalle y discusión en BARWICK, pp. 45-46.

<sup>2</sup> «César ha guardado silencio acerca de la sublevación de Plasencia, cosa que da la medida de su veracidad» CARCOPINO, p. 892, n. 112.

<sup>3</sup> *The title of Caesar's work on the Gallic and Civil Wars*, TransProc-AmPhilAss. 36 ('05) 211-238. Cf. ADCOCK, p. 6; L.-A. CONSTANS, vol. I, p. V.

<sup>4</sup> Cf. aparato crítico al comienzo del libro I.

## INTRODUCCIÓN

Análogamente, afecta también a estas Memorias la discusión acerca de la fecha de composición y de publicación, que tiene dividida a la crítica en dos opiniones opuestas: defensores de la composición global, y de la por libros separados<sup>1</sup>. En nuestro caso, la cuestión aparece complicada con otras dos: inmediatamente, con la supuesta inconclusión de la obra; mediatamente, con el fin para el que fue concebida y llevada a cabo. Si se admite que estos «Commentarii» quedaron sin terminar por parte de César, sea suponiendo que él tuviera el proyecto de prolongar la narración<sup>2</sup>, sea reconociendo que llegado o no al límite que se había impuesto no dio la última mano a lo que llevaba escrito<sup>3</sup>, podrá concluirse con bastante probabilidad que no corrió a cargo de César, por lo menos, la publicación de la última parte de la obra, o, si se admite que la falta de una

<sup>1</sup> En el caso de la «Guerra civil» carece de interés la posición ecléctica (de Radin, Halkin, Carcopino, etc.) que supone en la «Guerra de las Galias» la composición y publicación por *grupos* de libros (en tres etapas: a fines, respectivamente, de los años 57, 55 y 52). Pues, prácticamente, quienes suponen la publicación conjunta previa de I y II (p. e., Barwick), lo hacen de acuerdo con la consideración de que formaban un solo libro (v. más adelante, p. L, n. 2).

<sup>2</sup> Efectivamente, a primera vista parece que, de haberse limitado César a la narración de la guerra pompeyana, no necesitaba adentrarse en los acontecimientos de Egipto; al haberlo hecho, daría a entender que su intención era proseguir el relato; mas éste, contra la costumbre analítica, no llega ni hasta el final del año, ni hasta el término de la campaña. Pero (cf. BARWICK, p. 87) lo que César ha contado de los sucesos de Egipto llega justo hasta la muerte de Potino, y esto era, según se ha visto ya, excepcionalmente significativo dentro de la guerra pompeyana.

<sup>3</sup> Así desde la Antigüedad (recuérdese el juicio de Asinio Polión, transcrito arriba, p. XII, n. 1) hasta, p. e., la última edición de A. KLOTZ praef. pp. VIII-XIV.

## INTRODUCCIÓN

revisión de autor definitiva afecta también a los primeros libros, la de la obra entera. Efectivamente, una posibilidad conciliadora, apuntada por E. Kalinka, a saber, que la publicación tuvo lugar en vida de César, pero á sus espaldas, apenas ha hallado eco, como no haya sido para impugnarla diametralmente<sup>1</sup>. Con ella, realmente, se resuelve muy poco. Por un lado, César tenía suficiente poder para «recoger la edición», si le disgustaba que hubiese salido en público; por otra parte, apenas se ve qué utilidad pudieron presumir los amigos de César en una edición «clandestina»; y, si no fue tal, sino consentida por César, ya entonces es mera cuestión formal el querer distinguirla de una publicación por el propio autor.

Admitir, pues, que César publicó esta obra, supone reconocerla como concluída. Y ello a pesar de que se refiriera a la «Guerra civil» la mención de Hircio (b. Gall. VIII, proemio), de un «último Comentario inacabado»; esto no significaría sino que, contra su costumbre, César no había llegado en el último libro de su obra hasta el término del año (48 en este caso). En este supuesto, las incongruencias y discordancias en que se ha querido encontrar las pruebas de falta de una última mano, pasan a cargarse en la cuenta de una defectuosa tradición textual, en su mayor parte; y, en una parte menor, al apresuramiento con que César hubo de disponer su redacción, dado el fin que con ella habría pretendido.

Tocamos aquí, efectivamente, con la segunda de las cuestiones aludidas como relacionadas con las fechas de redacción

<sup>1</sup> Así por parte de los que suponen inconcluída la obra (cf. FABRE p. XXV) como por la de quienes la creen terminada (p. e., BARWICK, p. 108, y, ya anteriormente, él mismo en *Caesars Commentarii und das Corpus Caesarianum* Philologus suppl. 31, 2, p. 166).

y composición. Tradicionalmente, desde los mismos tiempos de César y según el testimonio concorde de dos contemporáneos tan calificados como Cicerón e Hircio<sup>1</sup>, se menciona como intención de César la de haber querido ofrecer elementos a quienes se dispusieran a narrar su historia. En este caso, poco importaría que hubiese dejado su obra sin publicar, y aun sin concluir. En cambio, si, con una gran parte de la crítica moderna<sup>2</sup>, se reconoce a César en estos escritos una intención propagandística, es evidente que, cuanto más pronta su elaboración y su publicación, tanto más eficaz.

En este sentido procede la parte positiva de la demostración, innegablemente ingeniosa, de Barwick en la segunda parte de su obra repetidas veces citada<sup>3</sup>. Sentando que Cicerón en varios pasajes de pro Ligario (§§ 18 y ss.) evoca pasajes de los *Commentarii*, le resulta que a fines de otoño del 46 debían estar publicados<sup>4</sup>. A partir de aquí, la fecha

<sup>1</sup> Cic. Brut. 75, 262 : *dum uoluit alios habere parata, unde sumerent qui uellent scribere historiam...*; HIRTIVS, b. G. 8, praef. : *qui [commentarii] sunt editi ne scientia tantarum rerum scriptoribus desit...*

<sup>2</sup> Cf. FABRE, p. XX y, del mismo, *Uingt années d'études sur César* Mémoial des Études latines, pp. 214-231. Posteriormente, BARWICK y RAMBAUD comulgan en la misma opinión. Pero no faltan, aun modernamente, quienes sostengan la interpretación tradicional. Así, p. e., N. J. DE WITT, *The non political nature of Caesar's Commentaries*, Trans-ProcAmPhilAss. 73 ('42) 341-352 ; menos decididamente, A. LA PENNA, *Tendenze ed arte del Bellum civile di Cesare*, Maia 5 ('52) 191-233.

<sup>3</sup> BARWICK, pp. 108-136.

<sup>4</sup> Aparte de lo que luego diré sobre el intento de Barwick en general, referir esta conclusión a la obra entera, comprendido el libro III, no me parece legítimo dentro de la suposición del propio autor de haberse publicado este libro con posterioridad a los libros I-II, pues el único pasaje de dicho libro III aducido entre los que se pueden rastrear reminiscencias en las expresiones ciceronianas colacionadas (III, 91, 2) es coincidente en vocabulario y conceptos con uno del I. I (I, 7, 7). Para



## INTRODUCCIÓN

de composición se va precisando por aproximaciones sucesivas: la tendencia legalista de la obra le parece (como ya había parecido a Wickert y a Meyer<sup>1</sup>) en pugna con la abierta inclinación hacia el poder personal que César manifiesta después de la batalla de Tapso; la caracterización sombría que César presta a sus enemigos, le produce la impresión de un resentimiento vivo y no mitigado por el tiempo ni por el éxito; especialmente a Varrón, reconciliado con él muy pronto (a fines del 47 le dedicaba sus *Antiquitates rerum diuinarum*) podía haberle ahorrado el tono caricaturesco con que expuso su actitud vacilante. Con ello resultaría un primer término *ante quem* para la composición de la obra entera: antes de fines del 46, fecha del pro Ligario. Término que se precisa ulteriormente, aproximándolo, con menos de un año de error posible, hacia fines del 48, con seguridad antes del 47, mediante un sutilísimo retorcimiento de la argumentación con que tradicionalmente se había apoyado la opinión<sup>2</sup> que retrasaba hasta el final de la guerra la redacción, por lo menos, del libro III. En sus caps. 18, 57 y 60 César indica haberse enterado «terminada la guerra» de los detalles respectivamente narrados. Pero para Barwick sería inverosímil que hubiese tardado tanto tiempo en conocerlos como supondría el tomar *bellum* por la totalidad de la guerra, es decir, hasta después de Munda. Por tanto, *bellum* se referiría a

la reminiscencia bastaba, pues, que Cicerón conociera éste. Por tanto, extender al libro III la argumentación exigiría suponerlo publicado junto con los demás, cosa contraria, justamente, a la opinión de Barwick (cf., p. e., pp. 123 y ss.).

<sup>1</sup> Klio 30 ('37) 246 ss. y *Cäsars monarchie und das Principat des Pompeius*, Stuttgart-Berlin 1919 pp. 370 y ss., respectivamente.

<sup>2</sup> P. ej. FRESE, p. 9; H. MEUSEL, B. ciu. (Berlin 1920), comentarios *ad locos*. Contra, ya FABRE p. XXI.

## INTRODUCCIÓN

la lucha con Pompeyo; los detalles habrían sido conocidos después de la batalla de Farsalia; allí había podido pensar César que terminaba la guerra. En cambio, hablar de « guerra terminada » durante el 47, cuando los pompeyanos habían suscitado nuevamente en África diez legiones y contaban, además, con el apoyo del ejército del rey Juba, habría estado bastante fuera de lugar; de aquí que el libro III debería darse por escrito antes de dichos importantes preparativos, esto es, antes del 47. Una vez esto admitido, resulta dicho libro, pues, haber sido escrito al final del año cuya campaña narra; esto coincide con la idea que, en general, tiene el crítico indicado acerca de la composición analítica de todos los comentarios cesarianos<sup>1</sup>; de acuerdo con ella, pues, los libros I-II, que contienen el relato de la campaña del 49, ya a fines de este año habrían estado redactados. Abonarían esta concepción las falsedades que César ha deslizado en ellos, más difícilmente justificables, por menos admisibles, a medida que la realidad podía haberse abierto camino, y menos útiles a medida que, con los éxitos militares y políticos, se hacía menos necesaria la propaganda; la afirmación de Asinio Polión (cf. antes, p. XII, n. 1) de que César había dado demasiado crédito a las informaciones de sus subordinados se explicaría mejor a base de una redacción rápida, sin haber aguardado ulteriores comprobaciones; por último, la intercalación entre el relato de las campañas en Hispania de una primera serie de sucesos en el asedio de Marsella, sin haber esperado a referirlos en conjunto con los siguientes, le hace pensar en que

<sup>1</sup> Es la tesis sostenida, especialmente para la Guerra de las Galias, sobre todo por Chr. EBERT, *Über die Entstehung von Caesar's Bellum Gallicum*, Nuremberg 1909. Contra, L.-A. CONSTANS vol. I p. XI; y RAMBAUD, *passim*.

## INTRODUCCIÓN

parte de las operaciones del 49 estaban ya redactadas durante aquel año mismo, concretamente antes del regreso de César a Roma. La suposición de Polión (cf. la nota últimamente indicada) *existimatque rescripturum et correcturum fuisse*, la considera referida a una posible segunda edición de la obra.

Constituye la tesis de Barwick, seguramente, el conjunto más importante de argumentos en favor de una redacción y publicación tempranas de la «Guerra civil». Pero este conjunto es impresionante más bien como tal conjunto, esto es, por la confluencia de indicios heterogéneos y por la ingeniosidad con que se han deducido y hecho confluir, que por el carácter decisivo de los argumentos tomados uno a uno. No es imposible que la coincidencia verbal y conceptual de los pasajes del pro Ligario aducidos<sup>1</sup>, aun sin ser fortuita, proceda del conocimiento que bien pudo tener Cicerón de los instrumentos de propaganda cesariana (cartas, por ejemplo); «terminada la guerra», aun sin referirse, como tantos críticos han pretendido y no es inverosímil<sup>2</sup>, a época posterior a la batalla de Munda, puede haberlo dicho César con respecto a la guerra narrada en su obra aunque a ella hubiesen seguido nuevas campañas; pudo César mantener sus falsificaciones históricas ante un público ávido de noticias y no tan orientado como los críticos actuales con respecto a la ver-

<sup>1</sup> Con Lossmann —Gnomon 28 ('56) 359— habría que descontar entre las coincidencias enumeradas la basada en «*secessio*» (Cic.: *secessionem tu illam existimasti, Caesar, initio, non bellum*), pues este término no se halla aplicado a los comienzos ni precedentes de la guerra en los *Commentarii*; al contrario (I, 7, 6): *nulla secessio facta*.

<sup>2</sup> Nipperdey, Schiller, Ramorino, etc. Ciertamente parece más probable que César pudiera enterarse de ello cuando supone Barwick; pero esta probabilidad no es absoluta: César pudo referirse en cada uno de estos

## INTRODUCCIÓN

dadera sucesión de los acontecimientos por otras fuentes, inexistentes todavía, o no dadas al público hasta años después de la muerte del dictador ; contrastar los datos de los legados tiene poca importancia en esta obra (al revés de lo que ocurre con la « Guerra de las Galias »), puesto que los teatros de guerra y operaciones emprendidas en ausencia de César significan muy poco en el conjunto de la misma<sup>1</sup>. Por último, en la intercalación de los caps. 56-58 referentes a la primera batalla naval de Marsella, cabe ver algo muy ajeno a una redacción precipitada, a saber, una anticipación motivada por las conveniencias psicológicas del relato<sup>2</sup>.

Si los argumentos en pro de una redacción simultánea de cada campaña y publicación subsiguiente no acaban, según se ha visto, de ser convincentes, lo propio cabe decir de los exhibidos a favor de las hipótesis contrarias. Aunque aquí conviene no involucrar una y otra fecha (al contrario del caso anterior, donde una publicación temprana supone a la fuerza una redacción temprana también). En primer lugar, pues, por lo que hace a la fecha de composición, los argumentos en pro de una más bien tardía suelen sacarse de las ya citadas expresiones *bello perfecto* o *confecto*, y de la frase del también citado proemio de Hircio al libro VIII : « sabemos también con cuánta facilidad y rapidez los llevó a término [los Comentarios] ». César habría escrito la obra una vez terminada la guerra, y toda de un golpe. Pero ya quedó indicado también que cabe tomar aquel « bello » como referido

casos justamente a informaciones más precisas o textuales que las que hubiese podido oír de los que, después de Farsalia, ya no siguieron resistiéndole.

<sup>1</sup> Véase en RAMBAUD pp. 54-56.

<sup>2</sup> Véase más adelante, p. XLIII, n.

## INTRODUCCIÓN

sólo a la lucha con Pompeyo. Incluso así, pensar, como hace Fabre (p. XIX) que toda la obra se habría escrito, por lo menos, después de Farsalia, no se impone en modo alguno; como todas estas referencias se hallan en el libro III, no por ello es descartable que los dos anteriores se hubiesen compuesto antes de dicha batalla. Pues, por otro lado, el hecho de que César escribiera su producción autobiográfica con facilidad y rapidez tanto se puede entender de la obra en conjunto como de cada uno de los libros publicados por separado. Antes es de señalar que la absoluta falta de referencias, en los libros I y II, a todo acontecimiento posterior al 49 es más bien significativo en contra de una redacción en bloque, aunque tampoco en modo alguno concluyente.

En segundo lugar, con respecto a una fecha póstuma de publicación (sea admitiendo una composición también tardía, sea un intervalo durante el que César habría «dejado dormir sus cuartillas»<sup>1</sup>) no hará falta insistir en lo dicho arriba acerca de

<sup>1</sup> Suposición por la que, en resumen, se decide Fabre: composición en bloque, antes de emprender la campaña de Africa contra el pompeyanismo redivivo, cuando César con el recuerdo de sus gestas contra Pompeyo mismo podía «reagrupar todas las simpatías posibles, decidir a los vacilantes y confortar a los espíritus intranquilos»; edición póstuma, por parte de los partidarios del dictador con ocasión de la necesidad en que esta muerte les coloca de volver a adueñarse, a la vez, de la situación y de los ánimos. Pero, en este caso, si la obra se escribió con un fin inmediato y (testimonio de Hircio) César sabía hacerlo rápidamente, ¿por qué «dejarla dormir» sin publicarla, es decir frustrando aquel fin suyo original? Esta dificultad, que Fabre no deja, en cierto modo, de plantearse (p. XXIII) pero sin resolverla de plano, no es, desde luego, insuperable: se dirá que las necesidades efectivas de la guerra se antepusieron a las conveniencias de la propaganda; pero, aun así, resulta extraño que César no dispusiera de nadie a quien encargar que su propósito llegara a la realidad.

que no son irrefutables las razones derivadas de la sostenida inconclusión de la obra. Sí, en cambio, será oportuno consignar que, incluso para un partidario tan conspicuo de la publicación póstuma como fue A. Klotz, la argumentación en tal sentido inferida del citado juicio de Asinio Polión quedaba, últimamente<sup>1</sup>, un tanto desvirtuada. Efectivamente, dentro de la hipótesis de la inconclusión, la suposición de Asinio de que César habría reelaborado y corregido sus escritos, afectaría sólo a los de la «Guerra Civil»<sup>2</sup>, que comprendían justamente la materia tratada por el propio Asinio en una de sus obras; tal juicio sería, pues, una justificación de su propósito de enmendar la plana al autor-protagonista. Pero en caso de admitir, como hace incluso Klotz, que la mencionada suposición se refiera también a la «Guerra de las Galias», queda aceptado el razonamiento de Kalinka (cf. la nota anterior), según el cual no podría sacarse de aquí un argumento a favor de la edición póstuma, so pena de extenderla también a la indicada «Guerra de las Galias», lo cual sería un imposible histórico-literario<sup>3</sup>.

Lamentablemente, pues, con respecto a ambas cuestiones se impone todavía la conclusión expresada recientemente por

<sup>1</sup> Véase el Prólogo a su última ed. (1950, repetida en 1957), p. VIII, donde se declara convencido por la afirmación de A. DE MESS, *Caesar Das Erbe des Alten VII*, 1913, p. 180, de que las inexactitudes aludidas por Polión se han de referir también a los *Commentarii de bello Gallico*.

<sup>2</sup> Formulación de FABRE, p. XXIV, con impugnación de la hipótesis contraria de Köchly-Rüstow y de Kalinka.

<sup>3</sup> Recuérdesse la mención de los *Commentarii* (esto es, por lo menos los del *bellum Gallicum*) en el *Brutus* de Cicerón (cf. p. XXXII, n. 1), obra escrita en vida de César, el 46; o el testimonio de Hircio, que en el ya citado proemio al libro VIII habla de unos (por lo menos, unos) *Commentarii* que están editados y que han tenido una favorabilísima acogida general.

## INTRODUCCIÓN

Lossmann<sup>1</sup> que, con un sesgo algo menos escéptico, podría formularse así: la investigación no ha conseguido, hasta ahora, sacar de las fuentes una respuesta clara.

Otra cuestión, en cambio, a saber, la de la originalidad, la crítica actual la da por totalmente resuelta, y con la solución positiva: apenas tienen otro interés más que el histórico las hipótesis formuladas en el pasado siglo contra la autenticidad cesariana de la obra<sup>2</sup>. Aquí sí que se considera irrefragable la deducción a que permite llegar Hircio cuando, en su mencionado proemio, declara haberse interpuesto entre los escritos de César, que no enlazaban uno con otro. No hay duda, en efecto, de que el enlace procurado por Hircio es entre el final de la Guerra de las Galias y el comienzo de la Civil; luego ésta debe ser uno de los escritos de César.

Incluso las sospechas acerca de la autenticidad de determinadas partes de la obra tampoco hallan hoy el eco que encontraron, a poco de formularse, a fines del pasado siglo y comienzos del actual, cuando una de las máximas autoridades en los estudios cesarianos, como fue E. Meusel, admitía, en su edición de 1906, que la mayor parte del libro II no era de César, aliándose así a las dudas despertadas por otro conspicuo investigador de César, R. Menge, sobre el carácter excesivamente técnico de la descripción de los trabajos de asedio en Marsella<sup>3</sup>, que le hacía pensar en un redactor profesional de la ingeniería; y, luego, a la negativa sistematizada de P.

<sup>1</sup> L. c. en p. XXXV, n. 1.

<sup>2</sup> P. ej., por H. MOSNER, *Quaestio habetur num Caesar bellum civile scripserit*, Kulmbach 1865; HEIDTMANN, *Haben wir ausreichende Garantien für die Echtheit der dem C. Julius Caesar zugeschriebenen drei Bücher de B. C.?* Essen 1867; V. WUTKE, *Quaestiones Caesarianae*, Neisse 1872.

<sup>3</sup> R. MENGE, *De auctoribus commentariorum de Bello Civili*, Weimar 1873.

## INTRODUCCIÓN

Menge, hijo del anterior, quien, por razones estilísticas sobre todo, negaba también paternidad cesariana al relato de la campaña de Curión en África<sup>1</sup>, que constituye la otra parte importante de dicho libro II. Pero estas particularidades estilísticas y precisiones técnicas hallan su explicación justamente en el carácter especial de estos episodios dentro del conjunto de la obra. Singularmente sugestivo ha sido el argumento opuesto por A. Klotz<sup>2</sup> de que más oportuna es una descripción de carácter técnico en una obra de cara al público, desconocedor de las particularidades de la poliorcética, que en el informe que un mando de ingeniería dirija a su general en jefe, quien no necesita descripciones detalladas de algo que sobradamente conoce.

Ha contribuido, además, a desvirtuar estas supuestas divergencias de paternidad entre diferentes partes de la obra, algunas de las cuales se habrían debido a los subordinados de César, la opinión cada vez más arraigada de que las fuentes de los *Commentarii* son, justamente, los informes de César al Senado y los dirigidos por sus legados al cuartel general. Tal concepción, que ya se halla, en parte, en la impugnación hecha por A. Klotz, que acaba de citarse, se estructura en el artículo de S. Reinach, *Les communiqués de César*<sup>3</sup> y, después de estar en la base de la obra de Carcopino<sup>4</sup>, pasa a informar totalmente la de Rambaud, quien ha trazado<sup>5</sup>

<sup>1</sup> P. MENGE, *Ist Cäsar der Verfasser des Abschnittes über Kurios Feldzug in Afrika?* Progr. Landschule Pforta I (1910) y II (1911).

<sup>2</sup> Detalles en FABRE, p. XXXIX.

<sup>3</sup> *RevPhilol.* 1915, pp. 29-49.

<sup>4</sup> Cf. su opinión expuesta, con alcance general, en la nota bibliográfica de p. 734 y, repetida expresamente para la Guerra civil, en la de p. 859.

<sup>5</sup> RAMBAUD, caps. I y II, respectivamente.



una exposición completa del «género» y de sus condiciones en tiempo de César, seguida del intento de rastrear en la estructura de las dos obras cesarianas el modo con que de dichos informes (más bien oficiales, para él; más bien propagandísticos, para Reinach y Carcopino) se obtenía la refundición y elaboración artística impresas por César al relato.

La utilización por parte de César de los informes de sus legados se había impuesto ya con caracteres de evidencia por el hecho de que él trate en su obra de acciones guerreras en las que no pudo estar presente; y, en parte, aparece ya aludida en la Antigüedad, al reprocharle Polión que había fiado en demasía de la información de sus subordinados. En cambio, el reconocimiento de la existencia de otra información previa, referente a las acciones del propio César, no será, naturalmente, compartido por quienes sostengan la hipótesis de una redacción al compás de cada campaña (pues en este caso dicha redacción casi vendría a coincidir con la de los informes mismos); en tanto que ha servido de poderoso apoyo a los que, como el propio Rambaud, mantienen la suposición contraria, de una elaboración conjunta de cada obra. Y, por otro lado, ha permitido un replanteo objetivo del problema de la veracidad cesariana.

Esta cuestión, de capital importancia para apreciar el valor histórico de los *Commentarii*, puede decirse planteada desde Asinio Polión. Pero el desconocimiento en que, ya en la Antigüedad misma, vino a caer la relación entre César y su obra —; ya para Paulo Orosio (ss. iv-v) el autor de la «Guerra civil» era Suetonio!—, y la admiración incondicional del Renacimiento por la clasicidad, impidieron la formulación de las serias reservas con que la veracidad cesariana ha sido recientemente discutida. Todavía a mediados del siglo pasado, el duque de Aumale podía sentenciar que César

## INTRODUCCIÓN

era el más sincero de quienes habían escrito su propia historia. Y este juicio podía repetirse aún en la edición de la «Guerra de las Galias» de L.-A. Constans (1.<sup>a</sup> ed. en 1926). Pero, naturalmente, los adelantos de la crítica histórica no habían sido baldíos entre tanto. Hasta un gran admirador de César como era el barón de Stoffel, al estudiar técnicamente los acontecimientos relatados en la «Guerra civil», se había visto en la precisión de enmendar en varios puntos al historiador romano<sup>1</sup>. De aquí el germen de la idea apuntada ya por Constans y que, haciéndola Fabre suya, debía desarrollar en la edición de la «Guerra civil»: César había «coloreado» en su favor el relato, por lo común exacto, de unos acontecimientos.

Y era este último quien, a los pocos años de su edición<sup>2</sup>, dejaba claramente planteado a la investigación el problema de cuáles eran los procedimientos seguidos por César para, sin alterar gravemente los hechos, dar a su obra el color propagandístico que la constituye no sólo en exposición de su propia clemencia —como decía el mismo Fabre en su edición que podrían subtitularse estos *Commentarii*— sino de su caballería, civismo, estrategia y dotes de mando. La obra de Rámbaud representa el esfuerzo más profundo intentado en esta dirección. Pero no el único: puede decirse que el tema de

<sup>1</sup> Véase más adelante, *Bibliografía*, STOFFEL. También ya antes de 1926 se había sujeto a caución la credibilidad del relato cesariano de la guerra de las Galias: P. HUEBER, *Die Glaubwürdigkeit Caesars in seinem Bericht über die Gallischen Krieg* (1.<sup>a</sup> edición en 1914), en época, pues, en que Jullian defendía especulativamente su confianza en dicho relato, y en que, contra Hueber, escribía inmediatamente A. Klotz una refutación pro-cesariana: *Der Helvetierzug*, Njbb. ('15) 609-632.

<sup>2</sup> Cf. p. XXXII, n. 2.

## INTRODUCCIÓN

la «propaganda» ha sido uno de los dominantes en la bibliografía cesariana posterior a la segunda guerra mundial<sup>1</sup>.

Según Rambaud, pues, César habría logrado su objetivo propagandístico mediante la separación y dispersión en el relato de acontecimientos que en realidad estuvieron lógicamente concatenados, dificultando así que su lector llegue a restablecer esta concatenación, que muchas veces resultaría perjudicial a César (así, en la presente obra, los movimientos de aproximación de sus legiones, previos al senadoconsulto que declaró el estado de guerra, aludidos solamente mucho después — cap. 37 del lib. I — de la narración del comienzo de las operaciones, con lo que consigue disimular sus posibles intenciones agresivas); mediante la explicación, muchas veces previa al relato, de toda suerte de sucesos y operaciones de acuerdo con su punto de vista en cada caso; sobre todo, mediante la omisión de detalles que, suprimidos, permiten

<sup>1</sup> A destacar, junto a la obra de RAMBAUD, las de BARWICK, ADCOCK y COLLINS, éstas más bien a favor de una veracidad substancial en César. Una veracidad incluso más estricta se inclina a reconocerle M. RUCH, *La veracité de César*, REtLat 27 ('49) 118-137: la posible desfiguración de los hechos por alteración de su orden lógico no obedecería a una intención propagandística, sino a una aspiración estética o psicológica; en el caso con que él ejemplifica (los seis primeros capítulos de la «Guerra civil») una tendencia a la simetría en la exposición. Esta opinión me parece verificable en algún otro pasaje, p. ej., en el tan discutido de la intercalación del primer combate naval de Marsella (caps. 56-58): el relato se halla muy en su lugar si se atiende a que, psicológicamente, debía estar muy unida en la mente de César aquella buena noticia con las restantes que ponen fin a la apurada situación provocada por la crecida del Segre (terminación del puente, alianzas con ciudades hispánicas, etc.). Pero, naturalmente, para ser aceptada en pleno convendría verificarla, no sólo a base de algunos pasajes aislados, sino en el conjunto de todos los que dan pie a discusión, como ha hecho, en la posición opuesta, la obra de Rambaud.

## INTRODUCCIÓN

que los puntos flotantes en la narración se organicen en la mente de los lectores de acuerdo con el esquema favorable pretendido de antemano (en el *Bellum civile*, especialmente, la manoseada cuestión de las propuestas de transacción, particularmente en los caps. 9-10 del lib. I). La aplicación sistemática de estos procedimientos resultaría, a la larga, de eficacia muy superior, incluso, a los casos de auténtico falseamiento de la verdad<sup>1</sup>. A tal eficacia contribuirían, además, una serie de recursos estético-estilísticos: la «impasibilidad» del narrador, que tanto ayuda a dar aspecto de objetividad al relato; la impresión de imparcialidad que dimana del uso de la tercera persona en la presentación de las actividades, de las intenciones y de las explicaciones del propio autor-protagonista; la misma repetición del nombre de César a que dicha despersonalización da lugar —mucho más eficaz, de hecho y por paradójico que a primera vista pudiera parecer, que la repetición del «yo» a que habría dado lugar una exposición en primera persona—; la distribución de las menciones del general en jefe, que aparece especialmente en los momentos decisivos en que se reequilibra la lucha o se determina la victoria, en tanto que los fallos, retrocesos, calamidades, cuando no pueden atribuirse nominalmente a un subordinado, o a un determinado cuerpo, se refieren al ejército, a los «nuestros» en general.

Los resultados de esta investigación podrán ser discutidos. De hecho, lo han sido ya. Es muy posible, en efecto, que, una vez tomada esta dirección, al querer hallar procedimientos de «deformación histórica», se continúe más allá de la meta inicialmente propuesta y se tenga por históricamente defor-

<sup>1</sup> Enumeración y discusión de los posiblemente intencionados en BARWICK, pp. 36-69.

mado todo aquello que presenta un aspecto análogo y considere tendencioso y propagandístico el relato entero y cada una de sus partes. Entonces se llega a la concepción de los *Commentarii* como «un modelo clásico de propaganda, en el que se demuestra que la mentira más eficaz es aquella que contiene mayores dosis de verdad». Aquí se impone una distinción. Una cosa es reconocer posibilidades propagandísticas a la obra: apenas podía ser de otra manera, estando escrita por César; no cabe olvidar que él es el primer cesariano<sup>1</sup>. Pero de esto a suponer que tal propaganda sea una mentira (aunque contenga falsedades, aunque disimule verdades: de aportarlas todas, ya apenas se podría llamar propaganda, sino información, ni casi «Memorias», sino «Confesiones») va un salto —uno solo, pero salto—: se salta de enjuiciar una obra de historia a enjuiciar la actitud política o la valía militar y personal del autobiografiado. Sólo en cuanto la aspira-

<sup>1</sup> Incluso cabe reconocer que el fin (no ya la posibilidad) propagandístico que Rambaud considera demostrado no queda desmentido con sólo las reservas opuestas por ADCOCK, pp. 19-21, de que las elecciones las decidía en Roma a la sazón un medio poco lector, tanto menos dada la escasa difusión del libro en la Antigüedad y (ibid. p. 22) que los hombres de la legión X no necesitaban los Comentarios. Pues aquel medio electoral, precisamente por su inorganicidad, era manejable y corrompible; y de ello se encargaban habitualmente personajes al margen de la masa, para quienes podía, efectivamente, ser provechosa la propaganda libresca. Y, si los adictos soldados de la legión X no necesitaban la obra, ¿se podría afirmar lo mismo de los de la legión IX? Además si, aparte de la fidelidad, se intentó referir la inutilidad de los Comentarios a que los soldados están ya bien informados como actores o testigos de vista de las acciones relatadas, se olvida una de las características del soldado «instruido» de todos los tiempos, osaría decir: la afición a conocer los designios del jefe, y la crítica que su propia actuación ha merecido ante el mando.

## INTRODUCCIÓN

ción de César fuera ilegítima, y más aún, sólo en cuanto él tuviera conciencia de tal ilegitimidad<sup>1</sup>, podría tacharse de mentira su propaganda, por muchas verdades que contuviera. Viceversa, si su postura política era leal, la propaganda que de sí hiciera sería verdad como tal, aunque contuviera algunas falsedades y aunque algunas de éstas fuesen intencionadas (*consulto*, según Polión): éstas no la harían sino sólo excesiva, por no estar contenida dentro de los límites justos, dentro de lo verdadero. Y sólo si los resultados obtenidos discordaran de las dotes que César se atribuye y de los defectos que achaca al enemigo podría pensarse en que el núcleo de verdades expuestas es superado por el conjunto de falseamientos y reticencias de fracasos y reveses. Pues, como bien ha argüido Collins a este aspecto de la obra de Rambaud<sup>2</sup>, las victorias finales obtenidas por César en dos grandes guerras y ante enemigos no insignificantes y diversos, la conquista de una gran provincia, la reorganización política de Roma, capacitándola para un régimen nuevo, ¿cómo se explicarían sino admitiendo en él las condiciones para el caudillaje militar y político que en otros o faltaron o no alcanzaron el mismo grado, si las tuvieron también?

<sup>1</sup> Cosa que me parece muy lejos de estar históricamente probada. Aun para una visión de César como calculista «en frío», tal como es, p. ej., la de Carcopino —frente a la de un César casi patológicamente irresponsable de su ambición, como lo ha pintado C. Jullian—, sólo atento a aprovechar los resquebrajamientos de la máquina republicana para introducir las cuñas que, haciéndola saltar, le permitirían cimentar sobre sus boquetes los basamentos de su poder personal, tal actitud resultaría justificada por las resquebrajaduras mismas, que impedían ya un seguro y armónico funcionamiento de la legalidad constitucional, haciendo poco menos que necesario, en tal concepción de César, que en un mando único se concentraran todos los recursos del poder.

<sup>2</sup> Véase *Gnomon* 26 ('54) 527-533.

## INTRODUCCIÓN

Aun con estas reservas, sin embargo, el lector de las «Memorias de la guerra civil», sea cual fuere la opinión que tenga formada o acabe formándose de César-caudillo, deberá tener en cuenta, con respecto a César-autobiógrafo, las características de exposición señaladas por Rambaud en los capítulos centrales de su obra: el valor histórico de este relato, casi siempre exacto en los distintos episodios particulares, como de testigo de primera mano y excepcional calidad, debe, en su conjunto, ser rebajado por cuanto revela únicamente, por lo común, la visión «cesariana» de los hechos<sup>1</sup>, entendiendo aquí por «cesariana» especialmente la concerniente al bando de César, más que la que éste personalmente pudo tener; y deberá, asimismo, reaccionar contra la adhesión que, a favor de esta visión, tratarán de infundirle insensiblemente los recursos estilísticos apenas aparentes del gran prosista.

Pues —y en esto también la presente obra ofrece una curiosa paradoja con respecto a la «Guerra de las Galias»— en cuanto al estilo, aparte de las peculiaridades apuntadas arriba en p. XI, n. 1, derivadas de una mayor compenetración entre el autor y la materia de su relato, se encuentra también una mayor compenetración entre éste y el lector (perceptible, sobre todo, por el lector coetáneo, a quien iba directamente destinada la obra) originada en un aflojamiento, por parte de César, del rigor purista que había mantenido en casi toda<sup>2</sup> la «Guerra de las Galias», con una mayor toleran-

<sup>1</sup> Visión que unas veces coincidirá con la realidad y otras no; es decir, que no debe tenerse ni precisamente por falsa ni precisamente por verdadera, sino como necesitada de contraste en la mayoría de los casos.

<sup>2</sup> Sólo casi toda, pues, como probó O. DERNOSCHECK, *De elegantia Caesaris siue de Commentariorum de Bello Gallico et de Bello Ciuili differentiis animadversiones* (tesis), Leipzig 1903, en contra de la tendencia a exagerar las diferencias entre una y otra obra, es ya en el libro VII

## INTRODUCCIÓN

cia para giros más bien propios de la lengua corriente. El carácter menos acabado —o la mayor prisa en la redacción<sup>1</sup>— determina, pues, un efecto positivo al ofrecer mayores posibilidades de popularidad a la segunda obra histórica cesariana.

La enumeración de estas particularidades estilísticas, a primera vista, podría hacer pensar, por su cantidad, en una notoria diferencia; pero en rigor se debe a lo cuidada y escrupulosamente que ha podido llevarse a cabo su investigación en un clásico de obra más bien corta y de cuyo vocabulario existen, a partir de fines del siglo pasado, copiosos y completos índices<sup>2</sup>. Así (y prescindiendo de los pasajes de lectura problemática) se ha podido señalar un mayor olvido de la distinción entre el uso de *dies* como masculino y como femenino (femenino en III 19, 4 y 77, 3 indicando meramente unidad de tiempo); empleo del caso en -o con valor de locativo en nombres de ciudades (I 34, 1: *Corfinio*; III 100, 3: *Brundisio*); omisión de la preposición en otras expresiones de lugar con nombres comunes (III 37, 1: *stativis*, local; III 29, 1: *oppido* y 95, 4 *acie*, separativos); laxitud en el uso del

de la primera donde empiezan a manifestarse los indicios de una mayor libertad estilística. Ya con alguna anterioridad FRESE había llegado a la conclusión de que la diferencia estilística entre una y otra obra era menor de lo que se había llegado a suponer. Piénsese, desde luego, que Frese escribía cerrando el siglo que había visto atribuir a un autor distinto de César toda la «Guerra civil» o parte de ella.

<sup>1</sup> Según se adopte, respectivamente, la tesis de publicación póstuma o en vida de César. Así lo mantienen explícitamente, entre la bibliografía reciente, A. KLOTZ, p. XV, y BARWICK, pp. 165 ss. De una y otra obra proceden la mayor parte de los ejemplos que se citarán en el texto.

<sup>2</sup> Además del de H. MEUSEL (cf. más adelante, *Bibliografía*), el de H. MERGUET —que abrió la serie— *Lexicon zu den Schriften Cäsars und seiner Fortsetzer*, Jena 1886, y el comodísimo de R. MENGE-S. PREUSS, *Lexicon Caesarianum*, Leipzig 1890.



## INTRODUCCIÓN

plural por el singular (I 17, 3 : *muris* ; III 67, 5 : *portis* y 81, 2 : *exercitibus*) y en el de los modos (subjuntivo con mero relativo : II 29, 3 y probablemente 15, 2) ; el mismo con *quod* completivo : I 23, 3 ; infinitivo en dependencia de *destinare* (I 33, 4) y de *probare* (I 29, 1) ; uso absoluto del verbo *recipere* (por *recipere se*), propio del lenguaje castrense, aparte de las construcciones de gerundio (que era lo usual en la «Guerra de las Galias» ; en cambio aquí III 46, 6 *receperunt* ; 97, 2 *recipere coeperunt*) ; empleo de *et* con valor de *etiam* (III 26, 3). Por lo que al uso de determinados tipos léxicos se refiere, se ha notado el de adverbios derivados de participios, lo propio que de sus comparativos y superlativos (cf. ambas cosas combinadas en I 84, 5 : *demississime* y *subiectissime*) ; el de *adeo*, con adverbio o sin él, unido a un verbo y siguiendo *ut*, bien documentado (seis veces) ; *atque* empleado cuatro veces ante vocablo empezado por gutural ; *circa*, dos veces como preposición en vez de *circum* ; *terga conuertere* (I 80, 5) frente al habitual *terga uertere* ; *dein* (una sola vez : I 64, 1) en lugar del corriente *deinde* ; *difficulter*, sólo empleado en I 62, 1 ; incremento del uso de *enim* (de 19 veces en b. Gall. a 59 veces) frente a *nam* (de 45 a 23, respectivamente) ; *igitur* aparece una vez, I 85, 4, frente al uso constante de *itaque* ; *inde* ocurre con valor temporal (I 83, 3 ; III 9, 7 y 43, 2) ; *insequens*, lo propio (tres veces) ; *insuper* es admitido una vez (II 9, 2) ; *iuxta*, empleado como preposición (seis veces, frente a una sola —y aún como adverbio— en el *bellum Gallicum*) ; *namque*, unido a *etiam* (tres veces) ; *quia* aparece sólo en III 30, 4, frente al habitual *quod* ; *traicere*, frecuentemente en la acepción, ausente de la «Guerra de las Galias», de 'atravesar recorriendo' (esto es, no 'id. perforando'). Nótese, asimismo, que César rehusa en su segunda obra autobiográfica seguir la norma que se había impuesto en la

## INTRODUCCIÓN

primera con respecto a la expresión de los prenombrs al designar por primera vez a un personaje, o cuando su nombre iba unido al de un cargo o empleo. Se habrá podido observar, por otra parte, que las particularidades señaladas son especialmente abundantes en el tercer libro; incluso algunas, privativas del mismo<sup>1</sup>. Esto halla su explicación tanto dentro de una como de otra de las concepciones indicadas en página XLVIII, n. 1: o se trataría, respectivamente, de una prisa por terminar, por decirlo así con A. Klotz, o de que el proceso hacia una mayor libertad estilística, in crescendo, llega naturalmente en este libro a su grado máximo (como ya había llegado, proporcionalmente al resto de la obra, en el último de la «Guerra de las Galias» a un grado mayor que en los precedentes); esto, claro está, dentro de la hipótesis de una publicación de los libros por separado, separación que afectaría precisamente sólo al libro tercero, de acuerdo con la tesis, corrientemente admitida hoy, de suponer que los libros I y II formaban originariamente uno solo<sup>2</sup>. La división en dos sería, en

<sup>1</sup> Y la lista, en este sentido, podría ampliarse, cf. BARWICK, p. 169.

<sup>2</sup> La rectificación de los datos más comunes en la tradición manuscrita, en el sentido de que los libros 1 y 2 tradicionales hubieran constituido originariamente uno solo, surgió primero de la interpretación del «segundo proemio» de Hircio, entre los caps. 48 y 49 del libro VIII de la «Guerra de las Galias»: *Scio Caesarem singulorum annorum singulos commentarios confecisse: quod ego non existimaui mihi esse faciendum, propterea quod insequens annus, L. Paulo C. Marcello consulibus, nullas habet magno opere Galliae res gestas. Ne quis tamen ignoraret, quibus in locis Caesar exercitibusque eo tempore fuissent, pauca esse scribenda coniungendaque huic commentario statui*. Con la interpretación de que Hircio decía aquí que César había distribuido sus relatos a libro por año y año por libro, J. ZINGERLE, *Zur Frage der Autorschaft des Bellum Alexandrinum und dessen Stellung in Corpus Caesarianum*, WienStud. 14 (1892) 75 ss., después de hacer notar que los acontecimientos referidos

todo caso, uno de tantos accidentes de la deficiente transmisión textual del *Bellum civile*.

LA TRADICIÓN MANUSCRITA. — Efectivamente, el estado en que ha llegado a nosotros esta obra dista mucho de poder parangonarse con el del *bellum Gallicum*. Transmitida por un

en los libros I y II cubrían solamente la campaña de un año, pasaba, consecuente con su idea, a atribuir a César los caps. 1-21 del *bellum Alexandrinum*, dado que con ellos se completa la campaña del 48, materia del III libro de la «Guerra civil». Al argumento sacado de Hircio se unió pronto (v. F. W. KELSEY art. cit. en p. XXIX, n. 3 y, del mismo, *The Cues of Caesar*, *Classic Journal* ('06-'07) II pp. 49-58) el que derivaba de que una familia de manuscritos no presenta cambio de libro entre I y II; e incluso el más antiguo de la misma llama libro décimo (esto es, segundo de la «Guerra civil» después de los ocho precedentes del *bellum Gallicum*) al libro III tradicional. Alguna alteración en la otra familia —este tercer libro inscrito como *secundus* (después de un *explicit secundus*) por la primera mano de uno de los manuscritos, corregido luego en *tertius*— se ha computado también como apoyo de la agrupación de I y II. Por último, el hecho de que el relato mismo apenas se interrumpa entre uno y otro libro, o, mejor dicho, esté unido el segundo al primero mediante una frase típica de transición (II, 1, 1: *Dum haec in Hispania geruntur*) ha representado también un argumento subsidiario: frases de este tipo se hallan en el interior de un libro (cf. I, 56, 1) e incluso de un capítulo (cf. III, 112, 12) en la propia «Guerra civil». Admitida en las importantes ediciones de Klotz y Fabre (cf. p. VI y pp. XVI-XVIII de los proemios respectivos) la división en sólo dos libros (I-II y III) cuenta hoy con el asentimiento casi general (así *passim* en las obras de RAMBAUD, BARWICK y ADCOCK, citadas en *Bibliografía*). Incluso J. ANDRIEU, al demostrar en 1949 (esto es, un año antes de aparecer la última edición preparada por el propio Klotz, que no le menciona) que la numeración en los manuscritos reductores del total de libros debía explicarse como alteración de una anterior en tres libros, en lugar de suponer la alteración inversa, como se venía haciendo —cf. su artículo *La division en livres et les mentions d'auteur dans le Corpus césarien*, *REtLat* 27 ('49) 138-149—, deja la puerta abierta a que se pueda pensar en una

## INTRODUCCIÓN

número de manuscritos inferior a los de ésta<sup>1</sup>, derivados todos de un arquetipo relativamente reciente<sup>2</sup>, independiente por completo de la revisión operada hacia el siglo V por Julio Celso Constantino de que llevan testimonio los manuscritos de una de las familias de la «Guerra de las Galias»<sup>3</sup>, ofrece lagunas frecuentes (algunas de ellas de extensión con-

división originaria en dos libros, a base de los demás argumentos. Con todo, al quedar falta esta tesis de la supuesta base objetiva que le prestaba la tradición manuscrita, pierde no poco de su antes casi impresionante peso. Cabe, incluso, preguntarse por la legitimidad de la deducción inferida de las palabras de Hircio. Pues, cuando éstas se leen sin desglosarlas de su contexto, surge la sospecha de si no estaría pensando sobre todo en la «Guerra de las Galias» — a la cual se refería la materia sobre que versaba su continuación— y si el excusarse de contravenir una costumbre cesariana al englobar en un mismo «comentario» los sucesos de otro año (esto es, al no dedicar a este nuevo año un nuevo «comentario»), autoriza a suponer que César no pudo permitirse el desglosar en dos comentarios la materia de un año pletórico de acontecimientos importantes. Y, al propio tiempo, si no será un efecto artístico conscientemente buscado por el autor la solemnidad que a la rendición y desmovilización de las tropas de Afranio y Petreio, pilares de la resistencia pompeyana en Hispania, le presta el cerrarse un libro con dicho acontecimiento, en lugar de atribuirlo (dentro de la hipótesis de los dos libros) a un mero accidente de transmisión, motivado por el volumen del libro (volumen, por otra parte, que apenas habría sobrepasado el del libro III: así, p. ej., libros I-II, 83 págs. en la última edición de Klotz, frente a 76 del libro III).

<sup>1</sup> Según FABRE, p. XLII, en tanto que hay manuscritos que contienen sólo la Guerra de las Galias, todos los básicos de la Guerra civil llevan también, precedentemente, la obra anterior.

<sup>2</sup> Máxima antigüedad que puede atribuírsele, según FABRE, p. LVII, el siglo VIII, dado que se trataba ya de un manuscrito en minúsculas —cf. demostraciones en FABRE l. c. y A. KLOTZ p. V— y, tal vez, copiado de otro ya también en minúsculas.

<sup>3</sup> Pues dicho testimonio aparece en todos ellos antes de la Guerra civil. El texto de ésta les ha sido agregado a partir de uno concomitan-

siderable, según tendrá ocasión de verse en el aparato crítico), incluso un pasaje entero (II, 29, 3-4); que sólo aproximativamente permite reconstruir un sentido, e incorrecciones tan flagrantes que suponen un copista «bastante indocto», para decirlo con A. Klotz, y una ausencia casi total de revisores: nombres propios desfigurados en vocablos comunes (p. e., III, 81, 1: *comprensis* por *Gomphensis*), división de vocablos alterada (p. e., III, 19, 4: *uis utrumque admodum* por *uisurum quemadmodum*), abreviaturas incomprendidas (p. e., I, 23, 4: *iis uiris* por *IIII uiris*). No es de extrañar, pues, que un texto así haya sido terreno abonado para suscitar conjeturas críticas: es significativo a este respecto lo observado por FABRE, p. LIX, que Meusel, en la *Tabula coniecturarum* con que cierra el vol. III de su *Lexicon Caesarianum*, hubo de dedicarle la mitad más de páginas que al *bellum Gallicum*, con ser esta obra dos veces más extensa que el *bellum civile*<sup>1</sup>.

Desde la edición de P. Fabre, que incorporó al texto de la «Guerra civil» las lecturas derivadas del código napolitano que Bassi había aprovechado para la «Guerra de las Galias», los manuscritos básicos para el establecimiento de dicho texto son los ocho siguientes:

*S* = *Ashburnhamensis*, hoy en la biblioteca de Florencia (Laurent. 33), después de haber pertenecido a S. Pedro de

te con los de la otra clase. La distribución de los mss. de la Guerra civil en dos familias es independiente de la que distribuye también en dos los del *bellum Gallicum*.

<sup>1</sup> Es cierto, no obstante, que parte de esta desproporción radica en la abundancia de conjeturas suscitadas por pasajes en que se aluden aspectos de especial importancia en la historia o el derecho de Roma, más abundantes aquí, naturalmente, que en la «Guerra de las Galias».

## INTRODUCCIÓN

Beauvais. Siglo x. Colacionado a partir de fines del s. pasado (*Tab. coniect.* de MEUSEL). Sobre él y el siguiente, v. K. JAX, *Die Stellung der Handschriften S und L in der Cäsarüberlieferung* WienStud. ('34) 95-105.

*L* = *Louaniensis*, hoy en el Museo Británico (Add. 10084), anteriormente en la biblioteca del colegio de la Compañía en Lovaina. Siglo xi. Conocido por los editores humanistas (Lipsio, Heinse, Perizonio), olvidado luego, y redescubierto por A. Holder, colacionado a partir de su edición de 1898. Estudio particular de T. RICE HOLMES, *A collation of codex Louaniensis*, ClassQuart. ('11) 137-162.

*N* = *Neapolitanus*, en la Biblioteca Nacional de Nápoles (IV, c. 11). Siglos xii o comienzos del xiii. Colacionado por primera vez, para la «Guerra civil», por P. FABRE (ed. 1936). Sobre éste y el anterior, cf. L-A. CONSTANS, *Observations sur deux mss. de César*, RevPhilol. ('26) 34-37.

*M* = *Mediceus* siue *Laurentianus*, en la biblioteca de Florencia (Laurent. 68, 8). En su mayor parte corresponde a los ss. x-xi; de época más reciente (por lo que respecta al *Bellum ciuile*<sup>1</sup>) desde III, 4, 6 a III, 73, 5, y desde III, 106, 3 al final. Mutilado al comienzo de esta obra (hasta I, 33, 3), súplese esta parte con una copia (*m*) que del mismo se hizo en el s. xiii y obra en la misma biblioteca (Laurent. 68, 6). Colacionado desde la última década del pasado siglo.

<sup>1</sup> Cf. la descripción detallada del manuscrito en general en RAMORINO, p. IV.

## INTRODUCCIÓN

*U* = *Vrsinianus*, hoy en la biblioteca del Vaticano (lat. 3324), anteriormente en la abadía de Massay (Bourges), había pertenecido a Flavio Ursino. Siglo XII. Con los tres siguientes, forma la base sobre que se había establecido tradicionalmente el texto hasta el conocimiento de los cuatro anteriormente citados. Sobre él y el siguiente, v. F. RAMORINO, *De Caesarianis codicibus Riccardiano 541 et Vaticano 3324*, RivFilClass. 18 (1890) 250 ss. y B. L. ULLMANN, *The Vatican manuscript of Caesar*, PhilQuart. ('22) 17-32.<sup>1</sup>

*R* = *Riccardianus*, en la biblioteca de Florencia (Ric. 541). De los siglos XI o XII. Estudio especial de F. RAMORINO, *Il Caesare Riccardiano*, RivFilClass. 17 (1889) 127 ss.

*T* = *Thuaneus*, en la Biblioteca Nacional de París (lat. 5764), había pertenecido a J. A. de Thou. Siglo XI.

*V* = *Vindobonensis*, hoy en Viena (95); había pertenecido a S. Eucario de Tréveris. Siglo XII<sup>1</sup>.

El parentesco que entre sí guardan estos manuscritos se puede considerar definitivamente dilucidado desde que quedó fijada la exacta relación entre *U* y *R*<sup>2</sup>; por su parte, la si-

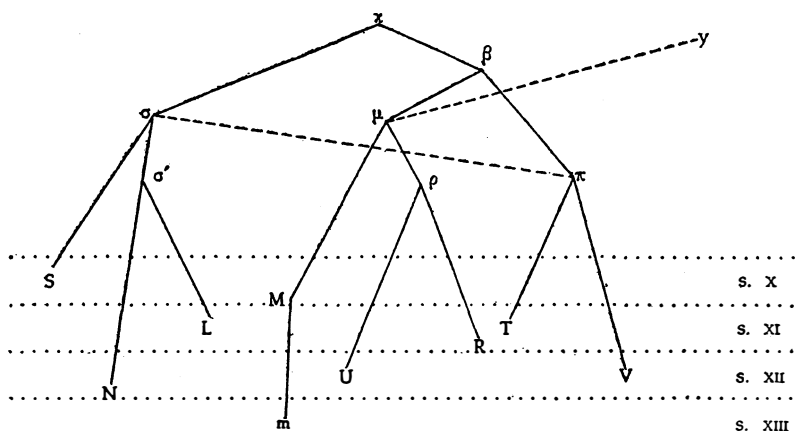
<sup>1</sup> Pueden verse en E. CHATELAIN, *Paléographie des classiques latins*, láms. XLVIII-L y L<sup>a</sup>, facsímiles de algunos de los códices (*S*, *L*, *T* y *V*), con descripción sumaria *ibid.* págs. 13 y 30.

<sup>2</sup> Por F. RAMORINO en RivFilClass 19 (1891) 129, quien antes había opinado que *R* procedía de *U*.

Hasta ahora (cf. R. ROCA PUIG, *Panorama de los papiros latinos*, *Hel-mántica* 30 ('58) 467-495) no ha sido afortunado el texto de César con ningún hallazgo papiráceo.

## INTRODUCCIÓN

tuación de *N* propuesta por Fabre, el primero que lo ha usado para esta obra (v. págs. XLVI-L de su edición) ha sido comúnmente acogida. El siguiente *stemma*<sup>1</sup> puede darse, hoy por hoy, pues, como generalmente aceptado :



Aparte de las ingerencias señaladas por las líneas de trazos discontinuos, por las que se indica que  $\mu$ , el supuesto antepasado común de *MUR* ha recibido correcciones provenientes de un código independiente (*y*) del arquetipo de todos los hoy conocidos ( $x$ ), y que sobre el también supuesto antecesor de *TV* ( $\pi$ ) se ha operado una revisión a base de algún texto de la primera rama, es de notar que *M*, aunque indiscutiblemente perteneciente a la segunda, se aparta algunas veces de sus congéneres, acogiendo lecturas de otra rama, de lo que testifican, sobre todo, los casos en que, por falta de habilidad,

<sup>1</sup> Debido, en sus líneas generales, a A. HOLDER, p. 11 del prólogo a su ed. de 1898.



## INTRODUCCIÓN

se ha originado una contaminación de dos lecturas ; así, p. e., III, 92, 2 : *ut σπ, ne ρ, ut ne M*<sup>1</sup>.

Ninguna de las dos ramas fundamentales goza de autoridad en absoluto preeminente para la reconstrucción del texto genuino ; con todo puede reconocerse (con FABRE, p. LIII) que, a fin de cuentas, β resulta acertar más veces que σ<sup>2</sup>. Naturalmente, las mayores garantías las ofrecen los casos en que una de las familias concuerda con parte de la otra ; aunque tampoco es raro que sea una subfamilia sola la que dé la lectura satisfactoria, debido, sobre todo, a las mencionadas ingerencias de corrección.

EDICIONES. — Por lo indicado acerca de la aportación de nuevos manuscritos, se habrá podido colegir que las ediciones de FABRE y KLOTZ representan, con respecto a las precedentes, un avance positivo, por estar fundamentadas en una más amplia base manuscrita. Ha parecido oportuno, pues, de acuerdo con los fines de esta Colección, ofrecer en el aparato crítico un elenco completo de las lecturas de dichas ediciones ; así como, de entre las anteriores, las de la ed. de R. DU PONTET en la colección oxoniense, excepción a favor de ésta que viene justificada porque, publicada por primera vez a comienzos de siglo, marcaba una reacción decidida contra la hipercrítica típica del s. anterior, y señalaba —aunque con excepciones (cf., p. e., su rigidez en el criterio de restitución ortográfica)—

<sup>1</sup> Otro ejemplo, además del citado, en A. KLOTZ, p. VII.

<sup>2</sup> Es lo que se deduce incluso de ediciones como la de Klotz : a pesar de que en el proemio, p. VI, no parece inclinarse por ninguna de ambas familias, con todo, a lo largo de su edición predominan, con mucho, los casos en que el texto de β es preferido al de σ sobre aquellos en que ocurre lo contrario.

## INTRODUCCIÓN

la tónica de un mayor respeto a la tradición manuscrita, que había de imponerse en la actualidad<sup>1</sup>.

### LA «GUERRA CIVIL» EN LA BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

I) Códices. A la amabilidad —que profundamente agradezco— del Dr. L. Rubio, catedrático de la Universidad de Barcelona, se debe la siguiente enumeración, exhaustiva hasta el presente, avance de la que ha de figurar en el Catálogo de códices clásicos en España, importante empresa en cuya preparación se halla ocupado dicho Profesor. A la vista de los datos hasta hoy recogidos, cabe anticipar que los códices de esta obra cesariana son en nuestras bibliotecas mucho menos abundantes que los de la «Guerra de las Galias».

Escorial (cf. ANTOLÍN O.S.A., G., *Catálogo de los códices latinos de la Biblioteca del Escorial* III, Madrid 1913, p. 159). III 22. Códice en pergamino, del s. xv, que en sus 266 folios contiene las obras de César y de Hircio :

fol. 122 : C. Julii Caesaris Diui Imperatoris Max. perpetui dictatoris de C. Bello Pompeiano liber primus ab eodem editus... (fol. 147) Liber II... (fol. 162) Liber III... des. *a Caesare est interfectus*.

Faltan las iniciales y algunas rúbricas ; lleva el nombre autógrafo de Zurita, y procede de la Biblioteca del Conde-Duque de Olivares.

<sup>1</sup> En el aparato crítico se indicarán únicamente las lecciones divergentes de la adoptada. Es decir, por tanto, que cuando, con respecto a una determinada variante, no se cita expresamente el nombre de alguno de estos tres editores, deberá entenderse que su lectura coincide con la dada en esta edición, a menos que se trate de una discrepancia consistente sólo en una diferencia ortográfica por restitución, en cuyo caso se ha prescindido de mencionarla.

## INTRODUCCIÓN

Biblioteca universitaria de Valencia (cf. GUTIÉRREZ DEL CAÑO, M., *Catálogo de los manuscritos existentes en la Biblioteca...* I, Valencia 1914, pp. 209-210. N.º 628). Códice en vitela, del s. xv, que contiene todo el *corpus caesarianum* (cf. reproducción del primer folio en la obra citada, lám. 11), en 221 folios.

fol. 103 v : C. Ivlii. Caesaris. Commentariorvm. De. Bello. Civili. Pompeiano. Liber. Primvs. Incipit. Ivliivs. Celsvs. Constantinvs. vir. clarvs. Emendavit. (fol. 164 v) Commentariorvm C. Ivlii. Caesaris. De. Bello. Civili. Finit. Liber. vndecimvs...

Faltan folios a partir del 107. Había pertenecido a la biblioteca del Monasterio de S. Miguel de los Reyes. N.º actual 840.

Biblioteca Nacional. Madrid.

A) Ms. 10.054 : (*I. Caesaris opera*). Códice en pergamino. del s. xv ; 228 fols., de los que corresponden al *bellum ciuile* los 106-171.

Encuadernado en piel sobre tabla. Perteneció al cardenal Zelada ; procede de la Biblioteca del Cabildo de Toledo, donde tuvo la signatura 49-3.

B) Ms. 12.867 : (*I. Caesaris et Auli Hirtii opera*). Códice en pergamino, del s. xv ; 225 fols. El *de bello ciuili* ocupa los 103r.-166v.

Encuadernado en piel. Signatura antigua Y-207.

C) Ms. Res. 242 : (*I. Caesaris et Auli Hirtii opera*). Códice en pergamino, del s. xv ; 251 fols., de los que el *de bello ciuili* ocupa los 111r.-184v.

Encuadernado en piel con canto dorado. Perteneció al Duque de Osuna. Signatura antigua Vit. 3-15.

## INTRODUCCIÓN

II) Ediciones y traducciones. En estos aspectos, la bibliografía hispánica en torno a César, anterior al siglo actual, es más bien pobre. España, que cuenta entre los humanistas comentadores de César con el nombre de fama universal de Pedro Chacón (*Giacconius*)<sup>1</sup>, carece hasta el presente, al parecer, de una edición crítica de esta obra. Y, aparte de trozos en Florilegios y Antologías escolares, apenas si pueden señalarse otras ediciones que las de Madrid (1776) y Granada (1885) con el texto sólo, y la que acompaña a la traducción de D. Manuel Valbuena que se editaba por primera vez en Madrid en 1789, para ser reimpresa a los pocos años (1798) y un siglo después (1882), ambas veces también en Madrid, y, ya en nuestros días, en Valladolid (1941).

A dicha traducción habíala precedido la que puede considerarse primera en el tiempo entre todas las castellanas, de Fr. Diego de Toledo, comendador de Castelnuovo, de la Orden de Alcántara, el cual le dio fin cuando sólo contaba 17 años. Editóse en folio en Toledo (1498) y en Alcalá (1529); veinte años después se reeditaba en París, en octavo; casi un siglo más tarde, se reimprimió por última vez en Madrid, en cuarto (1621). Aunque algunas de estas reimpresiones no mencionan al traductor, está claro que se trata de la misma obra con muy pocas modificaciones, a lo sumo.

Bastante superior a ambas es la traducción del Pbro. Don J. Goya y Muniain, la cual, después de varias ediciones desde 1798 (en Madrid, donde también la de 1847; en Barcelona,

<sup>1</sup> Pedro Chacón (1527-1581), de Toledo, universitario y profesor de griego en Salamanca, trabajó en Roma por encargo del Papa Gregorio XIII; fue uno de los comisionados para el estudio de la reforma del calendario que lleva el nombre de dicho papa. Relacionado con los humanistas más eminentes de su siglo, mereció ser llamado, por su vasta erudición, el Varrón de su tiempo.

## INTRODUCCIÓN

con prólogo de Milá y Fontanals, la de 1865) mereció ser incorporada a la Biblioteca clásica Hernando (vol. XLV, Madrid 1910).

Naturalmente, ninguna de las que preceden puede compararse con las que, en los últimos años, han aparecido, basadas ya en buenas ediciones críticas. Completa es la de J. Calonge en las dos series de Clásicos Gredos: una con traducción muy fiel, indudablemente la mejor de las castellanas que comprenden la obra entera, y otra con comentario, de fines escolares.

Pero ha sido, sobre todo, el libro I, por el interés que encierra la actuación de César en nuestro suelo, el que ha conseguido mayor atención de los estudiosos españoles. Aparte, también, de su inclusión en muchas antologías, por lo común, con notas, un sólido comentario, precedido de una Introducción penetrante, le ha dedicado E. Valentí Fiol (Colección «Bosch» de textos clásicos latinos, Barcelona), quien ya había traducido las partes de dicho libro y siguientes que figuran en el tomo V de *Fontes Hispaniae antiquae*, editado — con importante exégesis de carácter histórico-arqueológico y geográfico, sobre el terreno— por A. Schulten. Y recientemente (1952), el bimilenario de la campaña de Lérida dio lugar a una nueva y cuidada traducción de los pasajes a ella referidos, en parangón con los paralelos de la Farsalia de Lucano, por el Rdo. D. Manuel Guallar.

Inútil es decir cuánto debe a todas sus precedentes y a las ediciones, comentarios y estudios citados y aludidos, la presente edición y traducción.